



Canarias Escribe Teatro

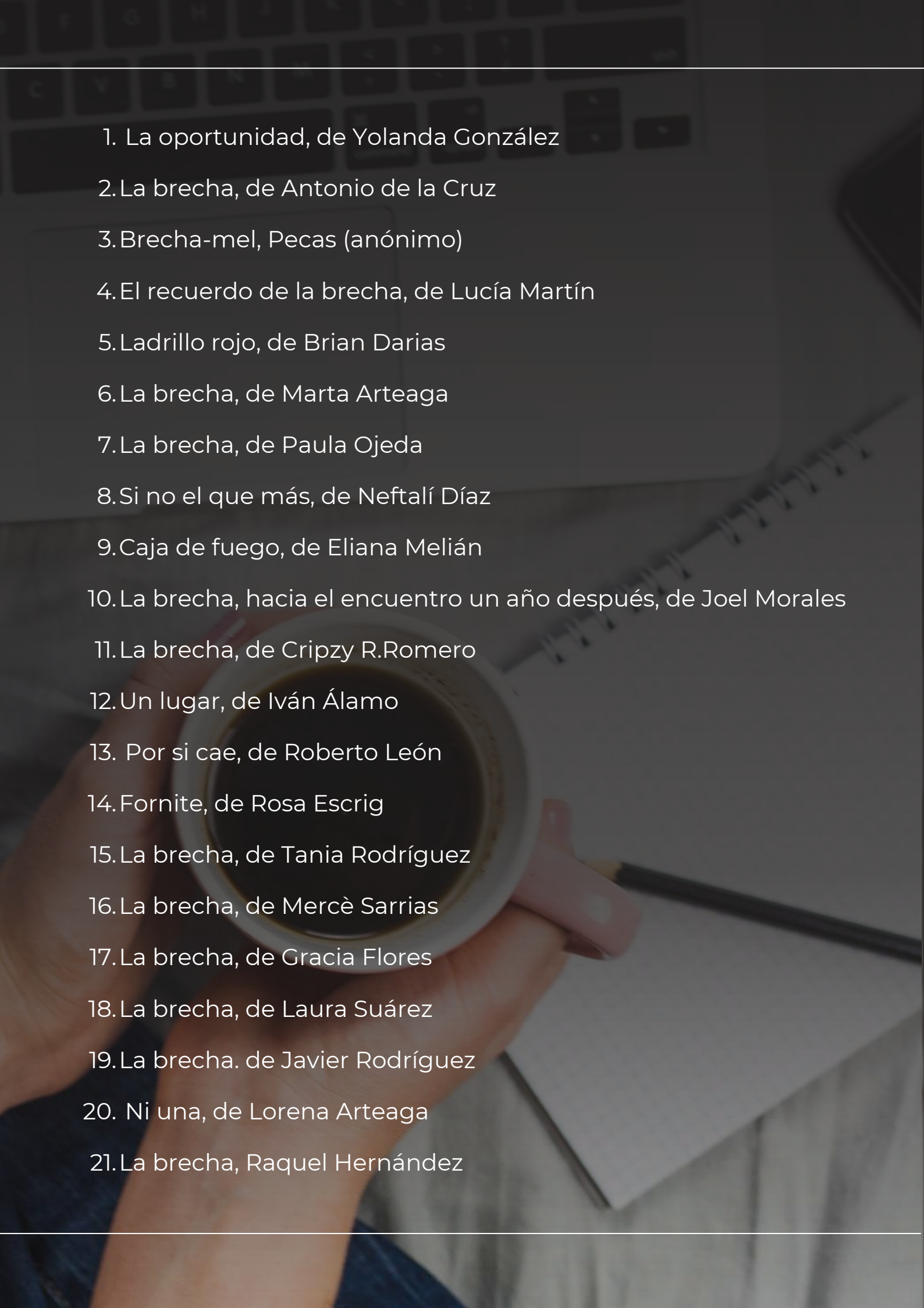
CAFÉ Y ESCRITURA

CERTAMEN DE EXCRITURA EXPRÉS



LEMA: LA BRECHA

¡GRACIAS POR COMPARTIR TUS PALABRAS CON NOSOTROS!

- 
- A hand holding a white mug of coffee is the central focus, with a pink handle. The background is a blurred image of a laptop keyboard and a spiral-bound notebook. The text is overlaid on the left side of the image.
1. La oportunidad, de Yolanda González
 2. La brecha, de Antonio de la Cruz
 3. Brecha-mel, Pecas (anónimo)
 4. El recuerdo de la brecha, de Lucía Martín
 5. Ladrillo rojo, de Brian Darias
 6. La brecha, de Marta Arteaga
 7. La brecha, de Paula Ojeda
 8. Si no el que más, de Neftalí Díaz
 9. Caja de fuego, de Eliana Melián
 10. La brecha, hacia el encuentro un año después, de Joel Morales
 11. La brecha, de Cripzy R. Romero
 12. Un lugar, de Iván Álamo
 13. Por si cae, de Roberto León
 14. Fornite, de Rosa Escrig
 15. La brecha, de Tania Rodríguez
 16. La brecha, de Mercè Sarrias
 17. La brecha, de Gracia Flores
 18. La brecha, de Laura Suárez
 19. La brecha. de Javier Rodríguez
 20. Ni una, de Lorena Arteaga
 21. La brecha, Raquel Hernández

LA OPORTUNIDAD

ANA está sentada en un sillón, mirando tranquilamente su móvil. De repente, ve algo que casi la hace caerse de su asiento.

ANA: ¡Luis, Luis! ¡Ven, corre! ¡Tienes que ver esto!

LUIS: *(Entra sin ganas, como medio dormido).* ¿Qué ha pasado? ¿Te llamó por fin tu hermana para pedirte perdón? Ya te lo había dicho, que lo de que el perro imite al gato no es culpa tuya, pero tú...

ANA: *(Lo interrumpe y le tiende el móvil).* Lee esto, anda.

LUIS: Ah, que te ha escrito.

ANA: ¡No! Léelo. Es terrorífico.

LUIS: *(Coge el móvil y lee con tranquilidad. Luego se lo devuelve).* Una brecha en un edificio, bueno.

ANA: ¿Cómo que “bueno”? ¿Es todo lo que tienes que decir? ¿Tú has visto la foto?

LUIS: Sí, un poco borrosa, pero en las redes sociales no hay que ser fotógrafo para subir fotos.

Bueno, me voy a echar un rato, que tengo sueño.

ANA: ¡Luis! ¡Espabila!

LUIS: Me voy a tomar un café y luego me acuesto. Ah, no, que eso me espabila más. ¿Ves? Estoy medio dormido.

ANA: Mira la foto bien. *(Vuelve a tenderle el móvil).*

LUIS: Espera, que voy a por las gafas, que desde que cumplí los cuarenta veo cada vez menos.

ANA: Pero si tienes treinta y cinco.

LUIS: Pues peor me lo pones. *(Sale y regresa al poco con unas gafas de topo).* A ver ahora.

ANA: ¿Y esas gafas? ¿De dónde las has sacado?

LUIS: Eran de mi abuelo.

ANA: ¿El que se cayó al pozo?

LUIS: Claro, solo tengo uno. Bueno, ya ni eso, desde que se cayó.

ANA: Pero si no veía ni tres en un burro.

LUIS: Ni el burro. Ni el pozo, claro. A ver, dame el móvil. (Mira el móvil con dificultad,

acercándolo y alejándolo para intentar ver bien. Al final se pone las gafas en la punta de la nariz y entonces parece que puede leer con claridad). Vaya, se parece mucho a nuestro edificio.

ANA: Es nuestro edificio.

LUIS: ¿Estás segura?

ANA: Pues claro. Hasta está la bandera esa rara que puso ayer el del segundo.

LUIS: Era su uniforme, que lo tendió fuera porque dentro no se le secaba.

ANA: Bueno, pues está el uniforme. Es nuestro edificio.

LUIS: Pues, nada, habrá que llamar al seguro para que lo arregle.

ANA: No te estás enterando de nada, Luis.

LUIS: Pues no mucho, pero... ¿es que hay algo de lo que habría que enterarse? A ver, hay una brecha, se llama al seguro, se le echa cemento o lo que sea que se le echa a las brechas y santas pascuas.

ANA: Por lo visto es una brecha demasiado grande para poder cubrirla así como así.

LUIS: ¿Entonces?

ANA: (Suspira, con miedo). Temen que el edificio se caiga en cualquier momento.

LUIS: Pues vámonos.

ANA: ¿Cómo nos vamos a ir? ¿Y las cosas?

LUIS: ¿Qué cosas?

ANA: Pues los muebles, la tele, el... el lavavajillas. Te recuerdo que nos lo trajeron ayer.

LUIS: ¿Y qué quieres? ¿Que nos lo llevemos? Hacemos un par de maletas con lo básico y nos vamos. O nos vamos directamente. Que se va a caer.

ANA: Luis, es que... El lavavajillas es bueno.

LUIS: ¿Cómo que es bueno? ¿No me digas que...? ¿En serio?

ANA: Sí, lo siento, soy débil.

LUIS: Te dije que no valía la pena pagar tanto dinero por la musiquilla esa, te lo dije. Pero tú... es que sonaba en la verbena en que nos conocimos. Sonaron muchas canciones, Ana. Y no te vas comprando electrodomésticos con ellas.

ANA: Ya, pero me parecía romántico.

VOZ DE FONDO: (Lejano, se oye un grito). ¡Vamos a morir todos!

OTRA VOZ DE FONDO: (Lejano, entre risas). Pues claro, José Luis. ¿qué te pensabas? ¿Que éramos eternos?

ANA: ¿Ves? Hasta los vecinos están asustados.

LUIS: (Se ríe). María no parecía muy asustada, no. ¡Qué mujer esa! Me parto con ella. Bueno, ¿nos vamos o qué?

ANA: Hace solo un año que firmamos la hipoteca, Luis.

LUIS: Sí, la verdad es que es una pena, pero más pena es que no podamos salir de aquí. Venga, vámonos.

ANA: ¿Te acuerdas de la primera vez que vinimos a ver el piso? No te gustó nada. Menos mal que cambiaste de opinión.

LUIS: Bueno... tanto como cambiar de opinión.

ANA: ¿No te gusta?

LUIS: Pues no, nada de nada. La distribución es rarísima. ¿Tú ves normal que tengamos que entrar de lado en el cuarto de baño?

ANA: Bueno, luego se ensancha.

LUIS: Es una caja de cerillas. Y de las pequeñas. Y ahora, encima, han prendido. No me extraña que haya brechas. Lo raro es que no hayan salido antes.

ANA: Seguro que estás encantado con lo de la brecha, entonces.

LUIS: ¿Qué dices? Claro, estoy deseando morir a los... ¿treinta y cinco, dijiste? Y encima debajo de toneladas de edificio mal hecho. Nos teníamos que haber mudado a otro barrio.

ANA: A otro barrio sí que parece que nos vamos a ir ahora, Luis.

LUIS: Pues vámonos.

ANA: ¿Al otro barrio?

LUIS: Afuera, Ana, afuera. Yo me voy sin coger nada. Ya te lo digo, que aprecio demasiado mi vida.

ANA: Espera, ¿y si se derrumba por el camino, mientras salimos?

LUIS: No creo que haya diferencia en que se nos caiga el edificio en el salón o bajando al primero.

Mira, igual esto es una señal.

ANA: ¿De qué?

LUIS: De que tenemos que cambiar. Irnos a otro sitio, intentar encontrar un sitio mejor, no sé. Creo

que nos hemos acomodado antes de tiempo. En su día soñábamos con cosas mejores.

ANA: Sí, pero éramos muy jóvenes.

LUIS: Nos conocimos hace tres años, Ana.

ANA: Parecía más.

LUIS: Sí, es verdad, pero... a lo que iba, que tenemos que hacer caso a nuestro yo de hace tres años.

Salir, progresar, esas cosas. No asentarnos aquí, en el mismo barrio de nuestros padres, yendo a la misma frutería...

ANA: Sí, es verdad. Teníamos miras muy altas.

LUIS: Igual la brecha es una oportunidad.

ANA: Pues sí. Puede ser.

LUIS: ¿La aprovechamos? ¿Salimos con lo justo y... a la ventura?

ANA: Espera, vamos a cerrar la llave de paso. Y la palanca.

LUIS: ¡Que se va a caer el edificio! Que va a dar igual todo.

ANA: Ay, es verdad, qué tonta. Pues, venga, vámonos.

LUIS: ¿Estás segura?

ANA: Sí, ¿y tú?

LUIS: Creo que nunca he estado tan seguro de nada en mi vida.

ANA: Espera que voy a por el bolso.

LUIS: Deja, yo te lo traigo, así cojo la mochila también.

ANA: Gracias, cariño.

LUIS sale y ANA se queda sola, sonriendo. Coge el móvil, que tenía abandonado desde el comienzo y mira sin prestar demasiada atención. De repente, se queda helada.

ANA: ¡Luis! ¡Luis! ¡Ven, corre!

LUIS: (Entra corriendo). ¿Se está derrumbando ya? ¡Ay que no podemos salir!

ANA: No.

LUIS: ¿Qué pasa?

ANA: Era un bulo.

LUIS: ¿Qué? ¿El qué?

ANA: Lo de la brecha. No hay brecha.

LUIS: ¿Estás segura?

ANA: Sí, por lo visto era una broma de unos vecinos de enfrente.

LUIS: (Desilusionado). Pues vaya.

ANA: (También desilusionada). Pues sí.

LUIS: (Bosteza). En fin... me voy a echar un rato, que tengo sueño.

ANA: Pues yo voy a llamar a mi hermana, a ver si se le ha pasado el disgusto de lo del perro.

LA BRECHA

dos hombres en un bar de pueblo. Son las seis de la mañana. Se toman un café bien cargado. En un televisor se habla de la llegada de una nueva patera a Canarias. Es hora de volver al trabajo en la platanera...

Jonay, el más joven, se levanta y paga la consumición de su compañero Ramón. Ramón, es un hombre de cincuenta años. Se levanta y se dirige a la puerta. Hace fresco en la Isla Baja...todos los días la misma rutina... Jonay le acompaña.

Jonay: que si Ramón, que esto está hecho un puto desastre, que esto ya no es ni medio normal, que esto es de locos...

Ramón: ¿por qué lo dices? ¿A qué te refieres con eso?

Jonay: coño Ramón, no me digas que no te has dado cuenta, tio... las noticias han dicho que ha llegado una nueva patera ...esto no puede ser, tio...que esto se está llenando de moros y de negros...y que conste que yo no soy racista, pero a esta gente enseguida le dan ayudas e incluso les consiguen viviendas y a nosotros qué Ramón...¿ a nosotros qué? Y coño...yo no soy racista pero ... Ramón le mira lentamente y le dice: ¿sabes qué Jonay? Yo conocí a tu abuelo y el me contaba cuando yo era niño sus historias en Venezuela y como tuvo que irse por qué aquí no había trabajo y prosperó...

Jonay: por dios Ramón, eso era otro tiempo, otra época: ¿como va a ser lo mismo Venezuela que Canarias?...no tiene nada que ver...

Ramón: es cierto, no tiene nada que ver salvo en una cosa...el hambre: el hambre es muy fea, amigo, y eso si que no ha cambiado y además...déjame decirte algo...si alguien que viene de fuera, que no tiene papeles, que no habla nuestro idioma, que no tiene contactos, te quita el trabajo que tu tienes, igual es que tú no aprovechaste tus oportunidades.

Jonay: ¿qué coño estás diciendo Ramón? No me jodas, ¿encima tengo la culpa yo?...no me jodas. Trabajo como un burro todos los días, de sol a sol para que el patrón esté contento...llevo a casa reventado por un sueldo de mierda para que ahora me digas tú que es mi culpa...

Ramón: yo no he hablado de culpa en ningún momento: solo he dicho que has tenido muchas oportunidades que estos desgraciados ni sueñan. Para empezar, has podido estudiar y no lo has hecho....

Jonay: no me jodas...como tú estudiaste tanto...será cabrón el tio...

Ramón: tienes razón...yo no he hecho nada y lo mejor que he podido conseguir es trabajar en la platanera o trabajitos para el ayuntamiento o para el cabildo. Cuantas veces me he dado de cabezazos contra la pared por no haber estudiado, por no haber hecho caso a la gente que me quería, pero tengo clara una cosa Jonay.

Jonay: ¿el qué? ¿El qué tienes claro?

Ramón: que esos desgraciados no son el enemigo...el enemigo es el que te explota, el que no te paga lo que te debe, el que te hace trabajar horas extras sin pagártelas, ese, al que dices que tienes que estar agradecido por darte trabajo. Ese es el enemigo y no unos desesperados que cruzan el mar.

Jonay: coño, Ramón, no pensaba que fueras tan rojo. Dijo con cierta sorna.

Ramón: ¿rojo yo? no...no te confundas. A mi la politica me da igual, lo que pasa es que nunca me han gustado las injusticias y estoy hasta los cojones de toda la basura que escucho todos los días, Jonay y si, tus comentarios son racistas y esa es la diferencia entre tú y yo. En la vidaJonau hay muchas situaciones en las que uno tiene que tomar partido y muchas brechas que combatir, muchas trincheras en las que posicionarse y esta es una de ellas.

Ramón, cabreado se metió en el coche y Jonay, pensativo, encendió un cigarro.

Ramón: venga ya joder, que llegamos tarde.

Jonay entra en el coche y se van.

BRECHA-MEL

Mel: Espera, espera! Esa mantequilla no es.

Brian: ¿Y cuál es, si no hay más?

Mel: Esta mañana compré. Es más ligera. La Organización de Consumidores y Usuarios la destaca por su composición saludable.

Brian: ¿Pero no compraba yo los ingredientes?

Mel: Por si acaso te despistabas, traje algunos que vi en el supermercado...

Brian: Mel, no vamos a comer mantequilla todos los días, simplemente vamos a hacer una salsa...

Mel: Bueno, da igual.

Brian: Vale. Ponla a la sartén y alcánzame la harina.

Mel: Sí, hablando de eso, también usaremos esta. Es integral, así tenemos más contenido en fibra.

Brian: Ok... en fin... échala ya en la sartén y remueve.

(Mel remueve la sartén)

Brian: Vale voy a ir echando la leche. ¿Cojo la de la nevera o también tienes una leche con bajo contenido en sabor y alto en aburrimiento?

Mel: Coge la que tengo en la bolsa de la compra. Tampoco es para tanto, simplemente se trata de cocinar de forma más sana...

Brian: No se trata de eso y lo sabes, Mel. Siempre haces lo mismo.

Mel: ¿Qué hago?

Brian: Siempre que vamos a hacer algo que descoloque tu comida de fruta, queso light y zumo natural, te pones así.

Mel: ¿cómo me pongo?

Brian: Pues cambiando todo, quitándole sabor a todo y diversión al plan de cocinar juntos.

Mel: No es verdad. Sigue siendo divertido...

Brian: Ya, claro, divertidísimo contribuir a tus trabes mentales...

Mel: ¿Perdón? Si tanto te molesta cocinar conmigo, no lo hagas.

Brian: No es eso, Mel...

Mel: No, yo propuse el plan, tú podrías haber dicho que no...

Brian: Ya, ya, también propusiste el plan de hacer un brownie el otro día y también la montaste...

Mel: ¿Pero qué dices Brian? Simplemente pensé en probar ingredientes diferentes a los que tenías, nada más.

Brian: Tenía ingredientes propios para hacer un dulce que ya se sabe que tendrá alto contenido de azúcar.

Mel: No tiene por qué... ¡Cuidado, acabas de verter mucha leche y ahora no se va a hacer bien la bechamel!

Brian: ¡Contigo no se va a hacer nunca bien nada, Mel!

Mel: ¿Pero qué te pasa?

Brian: ¡Pues que estoy harto! ¡Estoy harto de que siempre estropees los planes para cocinar! Siempre hay un pero a lo que hago, a lo que traigo, siempre un problema con el tipo de alimento. En ti hay una brecha, Mel. Una brecha entre lo que eres y lo que te gustaría ser... Y hasta que no te des cuenta de eso, nunca vas a poder disfrutar de las comidas... Siempre estarás mirando los ingredientes por si engordas, por si te sienta mal, por si te sientes tan mal que tú misma rechazas lo que ingieres, o por si después de rechazarlo te asusta tanto lo que haces, lo que ves en ti, que luego propones planes para compensarte a ti misma que acaban repitiendo una y otra vez este círculo vicioso. No puedo seguir con lo mismo. Lo siento.

EL RECUERDO DE LA BRECHA

En una oficina. Una mesa y un hombre y mujer aparecen sentados. Dueños de una empresa de ropa.

ANTONIO: El resultado del último ejercicio económico nos ha dado pérdidas.

ELENA: ¿Y qué podemos hacer?

ANTONIO: Se nos complica las posibilidades de mantenernos.

ELENA: Vender vendemos...pero parece que no lo suficiente.

ANTONIO: Una cosa es lo que vendemos y otros los gastos.

ELENA: Sería una pena cerrar nuestras puertas. Podremos salir de esta. ¡Nos hemos adaptado a tantos los cambios!

ANTONIO: Lo sé...el confinamiento...la subida de impuestos...a la competencia.

ELENA: Y cuando teníamos a nuestros empleados ¿Te acuerdas?

ANTONIO: Llegamos a tener a cuatro trabajadores.

ELENA: Fuimos noticia por ser la única empresa del sector textil que no teníamos diferencia salarial entre hombres y mujeres.

ANTONIO: Sí, recuerdo el artículo: "La brecha salarial en la mediana empresa".

ELENA: Todavía tengo el artículo guardado.

ANTONIO: Y pudimos hacerlo. Teníamos beneficio a final de año.

ELENA: Recuerdo a Sara, lo orgullosa que se sentía trabajando con nosotros.

ANTONIO: Sí, la recuerdo. Se sintió valorada después de que dejar aquella empresa donde el sueldo no le daba ni para pagar el alquiler.

ELENA: Lloró cuando le pagamos el primer mes.

ANTONIO: Fue una buena empleada.

ELENA: Por eso soy optimista esta vez. Buscaremos la manera de volver a sumar.

ANTONIO: Las compras por internet no nos favorecen.

ELENA: Eso sí. Los clientes prefieren comprar sentados en su casa a golpe de clic. Aunque la ropa sea de mala calidad.

ANTONIO: Y con eso poco podemos hacer. No podemos competir con ese mercado.

ELENA: Sí, ahora es diferente.

ANTONIO: El año pasado ya despedimos al último trabajador.

ELENA: Nos hemos mantenido gracias a nuestra clientela de siempre.

ANTONIO: Y así no podemos seguir. ¿Te das cuenta?

ELENA: Empezamos tú y yo solos con este proyecto.

ANTONIO: Y solos nos vamos a ir.

ELENA: No quiero pensarlo.

ANTONIO: No podemos más.

ELENA: ¿Y si vendemos la máquina para empaquetar? ¿La que está en el almacén ¿Ya no la usamos?

ANTONIO: ¡No busque soluciones que no tienen sentido!

ELENA: No tendrá sentido para ti, pero puede ser un respiro.

ANTONIO: Un respiration así de pequeño. (Hace un gesto con los dedos) ¡Qué cosas tienes! Para decir esas chorradas mejor estás en silencio

ELENA: A ver... entiendo que este nervioso por este tema...pero...qué maneras de responder.

ANTONIO: ¡Claro que estoy nervioso! Llevo días sin dormir buscando una solución. Mañana hay que pagar a los proveedores y no lo podré hacer.

ELENA: Habla que ellos.

ANTONIO: ¿Para decirles que les pago la próxima semana?

ELENA: O la siguiente.

ANTONIO: ¡Qué poco entiendes de cuentas!

ELENA: Ahora lo que no entiendo es tu pesimismo. ¡No podemos rendirnos así de fácil!

ANTONIO: Déjame solo. Lo prefiero.

ELENA: ¿Vas a llamar a los proveedores para que te alarguen el crédito?

ANTONIO: Déjame solo.

ELENA: Pues sí. Será lo mejor.

ANTONIO: Mañana, con las ideas más claras, hablaremos.

ELENA: ¿Sabes lo que pienso hacer ahora? Cogeré ese recorte donde nos entrevistaron por la brecha salarial. Así puedo ver que esto en algún momento funcionó.

ANTONIO: Haz lo que quieras.

ELENA: Y seguirá funcionando. Lo sé. (Sale)

LADRILLO ROJO

Solo había ladrillo rojo. Al asomarme desde la cocina, desde la habitación de mi cuarto o incluso mientras cagaba desde el baño podía ver una pared de ladrillo rojo. La distancia entre un objeto y otro es muy corta en las ciudades. Todo se apila y se organiza para que quepan muchas cosas por metro cuadrado. Hileras de casas y de personas se preparan para la llegada de más cosas y de más personas. Hay algo muy amable en ese gesto de acomodarse para cuando llegan los nuevos. Del hacer hueco. Personas que se cruzan en el aeropuerto. Los que llegan y los que se van. Miles de personas por metro cuadrado que soñaron con vivir algún día en una inmensidad de ladrillo rojo con nombre de ciudad. Me pregunto porqué será que la angustia siempre me viene en forma de claustrofobia, de no poder ver más allá. De pequeño solía agobiarme porque sentía que el mar no me hacía libre sino que me coartaba. Tenía la imagen de una especie de cúpula o círculo en el que tras atravesar kilómetros y kilómetros de mar llegaría a una pared, daría tres golpes como si esperara que alguien me abriera y solo escucharía golpes secos y duros contra el hormigón. Ya no podría avanzar más, ya solo quedaría dar pasos hacia atrás, el camino de vuelta a casa que me sabía de memoria. Ya podría confirmar que mis temores eran ciertos, que todo este tiempo llevaba encerrado con una falsa sensación de libertad. Que mi libertad era finita. Que el mar me había mentido. Anhelaba todo lo que significara un hueco, una grieta o una rendija en la pared o en el océano. Sería un alivio en mi pecho, que a su vez tenía su propia brecha. Como una crema de mentol en el pecho que parece que te ha abierto un boquete y que puedes respirar. Esa brecha significaba que había más hueco, que cabían más cosas. Más habitaciones, más casas, más ideas o más luz. Dejar esa brecha abierta en mi pecho sería como un faro, usaría la rotura, la herida, para dejar que entrara la luz. No la iba a cerrar nunca porque gracias a ella iba a ver más allá del muro de hormigón.

Hubo una vez que la idea del mar me ahogaba como si me tuviera apresado, yo quería tierra, extensiones de tierra y de ladrillo para poder andar y saltar de un lugar a otro sin dejar rastro. El faro en mi pecho, que humanizaría y que de forma cursi y un tanto obvia empezaría a llamar “corazonada” me llevó al mar, que me tomó de un sorbo como si fuera la última Coca Cola del desierto y me enseñó que él también, en efecto, tenía una pequeña brecha que me llevaría a todos esos lugares que mi corazón ansiaba porque sabían a libertad, a conocimiento y a elección propia. Le agradecí y le pedí perdón por haberlo tomado como un funcionario de prisiones. Ahora siempre veo el mar, sé que es parte de mí, incluso a través de una pared de ladrillo rojo. Y cuando tengo el mar delante y ansío una pared de ladrillo rojo recuerdo la brecha en el mar que una vez me guió y me dijo que no hay cárcel que no tenga una brecha por la que se cuele la luz. “La única pared blindada y oscura se levanta a través de la creencia limitante”. Deja la brecha abierta, que por ahí pasa el hilo de luz que alumbra el camino.

LA BRECHA

ESCENA:

El espacio sucede en una especie de oficina de empleo o un ministerio, no vamos a saber qué es este lugar, va a parecer que los personajes acuden por algún trámite administrativo o burocrático.

La luz, la decoración, el vestuario de los personajes, todo es de color magenta, con una intensidad que desgrada.

Tres funcionarios están delante de su puesto de trabajo.

MAT ronda los 80 años, es una mujer elegante, lleva en su bolso un spray con perfume que se echa generosamente antes de avanzar.

LUCA

Siguiente

MAT

Buenos días, o tardes, no sé bien qué hora es

Mat le extiende su DNI con algún tembleque en sus manos y

LUCA

Matilde de Arencibia

Levanta la mirada por encima del mostrador y observa a Matilde de arriba abajo.

LUCA

No sé muy bien qué hace usted aquí.

MAT

Disculpe señora, señorita... ¿acaso me conoce?

LUCA

No, en

MAT

Ah entonces tengo el mismo derecho a utilizar este servicio que cualquier otro ciudadana...

LUCA

(interrumpiendo)

Sí sí, por supuesto, solo es que

MAT

Solo es que, no entiendo bien

LUCA

Sí perdone, lleva usted razón, ha sido atrevido por mi parte pensar que

MAT

¿Puedo?

Luca asiente

El escenario se transforma en un color absolutamente azul, tanto que de pronto genera en el espectador la sensación de estar en alta mar.

MAT acerca unos papeles a LUCA.

LUCA comienza a leer en voz alta:

LUCA

Mat y Jilberto están en altamar en un barco, latitud oeste 420.315 la Palma.

Jilberto suelta sus manos del timón y se acerca a estribor

Mat y Luca lo dicen a la vez:

MAT Y LUCA

Para dar un beso no se pide permiso.

Continúa leyendo Luca del folio:

LUCA

JILBERTO abraza a MAT con una ternura capaz de derretir el ártico.

El escenario vuelve a los tonos magenta

LUCA

¿Y?

MAT

Quiero alterar esas palabras.

LUCA

¿Cómo esas palabras?

MAT

Sí, las acciones que provocaron esas palabras.

LUCA

Está bien.

Luca abre un ordenador chiquitito y comienza a teclear.

LUCA

Estaban en el mar dice usted ¿es así?

MAT

Sí, latitud oeste 420.315 en La Palma.

LUCA

Latitud oeste 420.013

MAT

No, 313, por favor señora, señorita, sea rigurosa, que se equivoque usted con los detalles es como si un cirujano se equivoca con dónde abrir un cuerpo humano

LUCA

(con humor)

Imagínese que le mando a la Gomera, entonces no se puede usted ir a la tumba tranquilita, ea Latitud 420.315 La Palma

MAT

¿Podemos seguir?

LUCA

Por supuesto, ¿qué quiere que diga entonces Jilberto?

MAT

No quiero que esté Jilberto

LUCA

(bajando el tono susurrando y mirando hacia otro lado)

Pero usted sabe que no está permitido anular a una persona del siste

MAT

Lo sé

LUCA

No me puede pedir eso ¿entiende Matilde?

MAT

Lo sé, pero si te cuento Luca te llamas ¿verdad?

LUCA

Sí

(dándose cuenta de que no tiene su nombre en la solapa como para que esa mujer lo sepa)

¿Cómo lo puede saber?

(levantando el tono)

¿Quién es usted?

MAT

Sschhhhhh tranquila, simplemente hazlo, dale al enter, o al delete, o cómo se llama esa teclecita y listo y me voy ya que me van a cerrar el hiperdino

LUCA

No lo voy a hacer

MAT

Hazlo

LUCA

Menuda mañanita llevo, primero la de

MAT

Tu hija va a dormir más tranquila hoy

LUCA

¿A qué se refiere?

MAT

Cuénteme quién es este tal Jilberto, a ver no lo voy a hacer también le digo.

MAT estira su brazo por encima del mostrador y le da a varias teclas, la persona que está en otro puesto al lado desaparece de su silla, como si se lo hubiera tragado la tierra.

Luca se queda en shock, mira al compañero de la izquierda.

LUCA

¿Qué acaba de pasar?

NAUSET

Se conoce que eran familia de ese hombre que Matilde acaba de borrar

LUCA

Espera un momento ¿La conoces?

NAUSET

¿Sí claro no te acuerdas de ella? Esta es la mujer que vino en septiembre de 2025 y terminó con el genocidio

LUCA

¿Qué genocidio? El de

NAUSET

¿Qué genocidio va a ser mujer? El de Gaza

LUCA

Espera un momento es la mujer que se cargó a Neta

NAUSET

(interrumpiendo)

También te digo, algo malo haría esa persona, ¿pero no te acuerdas de esta historia? Ah pues debía ser que tú estabas de baja por maternidad, uu ¿cómo se llama el que borraste?

¿Cómo se llamaba?

Suena el teléfono

LUCA

¿Guaci estás bien mi amor? ¿Cómo que el profesor acaba de desaparecer?

Suena La VIE en Rose

En el escenario se amplifica el color magenta hasta que va a negro.

LA BRECHA

Lucas y Amaia llevan andando días. El agua se les acabó hace horas. No comen desde la anterior, pero deben seguir caminando hasta encontrar lo que buscan. El silencio les acompaña siendo un marchante más. Y pintaba que así seguiría siendo hasta que ambos paran de caminar. Paron en seco. De lo contrario, hubieran caído al abismo que se postraba ante sus pies. Se miran, y el silencio se marcha para que Lucas pueda pronunciar las primeras palabras después de largas horas con la boca seca sin remedio alguno.

LUCAS: ¿Tú sabías que esto estaba aquí?

Ya el tono de Lucas empieza siendo molesto, lo que incita a la rabia de Amaia.

AMAIA: ¿Crees que si lo hubiera sabido, hubiera permitido que estuviéramos andando todo este tiempo?

LUCAS: No lo sé. Como se supone que tú eras quien conocía el camino, no es nada loco pensar que podrías haberlo sabido.

AMAIA: Conozco el camino y esto no era parte del camino.

LUCAS: Entonces, ¿qué? ¿La tierra se abrió como por arte de magia?

AMAIA: Lucas, no lo sé. No vamos a conseguir nada si seguimos discutiendo.

LUCAS: Tampoco vamos a conseguir nada si seguimos caminando unos pasos más. Se acabó, ¿entiendes?

AMAIA se acerca un poco más al precipicio. Mira a los lados. No sabe cómo de alto es el abismo y tampoco sabe cómo de ancha es la brecha. Pero, no pueden pararse en mitad del camino a descubrirlo. O puede que eso sea lo que deban hacer.

AMAIA: Algo debe de poder hacerse.

LUCAS: No podemos saltar al otro lado. Es muy arriesgado. Podríamos morir en el intento.

AMAIA: Podríamos morir si volvemos atrás.

LUCAS: Al menos mi muerte no me la habría buscado yo mismo.

AMAIA: Y aquí al menos intentas librarte de una muerte consiguiendo una posible libertad.

LUCAS: U otra, muy probable, muerte.

AMAIA: ¿Se te ocurre algo que no sea sumar negatividad al momento?

LUCAS: Se me ocurre que nos sentemos y aceptemos que se ha acabado. Que nos acabarán encontrando, o que moriremos de sed, o de hambre, o vete tú a saber de qué.

AMAIA: Perfecto, Lucas. Acabas de restar muchísima negatividad al momento. Casi siento que la alegría y la calma llegan a mí después de escucharte.

Ambos se sientan en la tierra. Miran al horizonte y suspiran con fuerza. No al mismo tiempo.

El silencio vuelve a hacerles compañía durante un rato. Parece que las armas han bajado entre los dos y con ello, deciden dedicarse una tregua.

Amaia se levanta y mira el precipicio. Vuelve a mirar a los lados, atrás. No tiene ninguna solución, ninguna respuesta, pero tampoco se siente tranquila si se queda de brazos cruzados después de haber caminado por días. Esto debe tener un fin. No este fin.

LUCAS: Amaia, déjalo ya, por favor.

AMAIA: Lucas, déjame tú a mí. Si eso es lo que tú quieres hacer, adelante. Que cada uno decida cómo quiere pasar lo que nos quede de vida.

LUCAS: Me parece bien.

Lucas y Amaia eran hermanos. De esos hermanos de los que hemos oído hablar siempre, que se pelean como si se odiaran pero se quieren a morir. Amaia siempre había encontrado el mundo un lugar fascinante y se maravillaba con sus colores y con la vida dentro de cada ser, mientras que Lucas podía ser más sensible al dolor, a la miseria. A la vez que Amaia encontraba la luz, Lucas era atraído por las sombras. Y ahora no era distinto.

De un momento para otro, entre tanto pensar, Amaia estalla en llanto y Lucas, extrañado, se levanta para comprobar qué le pasa a su hermana. Ella cae al suelo, arrodillada, tapándose la cara.

LUCAS: Amaia, ¿qué pasa?

AMAIA: ¡Que tienes razón, Lucas! ¡Tienes razón! ¡La tierra se ha abierto, literalmente, ante nuestros pies! ¿Qué más se puede hacer? ¿Volar? ¿Colgarnos de una liana? ¡No se puede hacer nada! Y yo, como siempre, sigo teniendo el hábito de creer que todo tiene solución, pero es que no hay ninguna, joder. ¡No hay ninguna! Vamos a morir aquí.

Amaia sigue llorando desconsolada. Lucas, ya habiéndose sentado al lado de su hermana, la abraza cariñosamente, mostrándole que está a su lado.

LUCAS: Amaia, si tú pierdes la fe en que salgamos con vida de esta, ¿qué más nos queda?

Amaia mira a Lucas, triste. Apenada. Se da cuenta de que lo que dice su hermano es cierto, y que si ella ha perdido toda esperanza es porque realmente no queda ninguna salvación para los dos.

AMAIA: Pues supongo que nada.

El silencio, siendo el tercer componente de la ecuación en toda esta historia, vuelve a vagar entre los hermanos, pero esta vez suena distinto. Suena a lagrimas, a mocos y a respiraciones entrecortadas. Era un silencio más triste, más lleno de desconsuelo y desesperanza.

Lucas, de pronto, aparta a su hermana y se levanta. Tiene miedo en el cuerpo. Pero el miedo le obliga a moverse, a decidir rápido. Mira hacia atrás. Personas del tamaño de unas hormigas se van acercando hacia ellos, haciéndose cada vez más grandes.

AMAIA: Están viniendo, ¿verdad?

LUCAS: Sí.

AMAIA: Se ha acabado. Ya lo dijiste tú antes. Sentémonos a aceptarlo.

LUCAS: No.

Lucas mira de nuevo al precipicio.

AMAIA: ¿Qué?

Amaia ve cómo su hermano le extiende la mano para ayudarlo a levantarse del suelo. Cuando está en pie, Lucas se coloca cara a cara con ella y se asegura de mirarle fijamente a los ojos.

LUCAS: Amaia, si aceptamos que se ha acabado, que sea porque no hay otra manera de terminar la historia. Que sea porque no haya otro final posible. Porque me niego a que la persona que ha contagiado más alegría al mundo viva sus últimos minutos aferrada a algo tan desolador como esto.

AMAIA: Pero, ¿qué estás proponiendo? No entiendo.

LUCAS: Tenemos que saltar.

AMAIA: ¿Que qué?

LUCAS: Vamos a saltar. Los dos.

AMAIA: ¿Y si no llegamos al otro lado?

LUCAS: ¿Quieres quedarte en este?

Los dos miran hacia atrás. Las personas se acercan a paso acelerado. La tensión se acumula. Los hermanos se agarran la mano con fuerza y, sin comprobarlo, saben que sus corazones están latiendo al mismo ritmo.

LUCAS: Y respondiendo a tu pregunta, si no llegamos al otro lado, fue un placer ser tu hermano hasta el final.

A Amaia le caen lágrimas de los ojos y abraza a su hermano como si fuera el último abrazo que pudiera darle.

AMAIA: Si llegamos, siempre será un placer volver a escucharte decirlo.

El ruido se acerca como un disparo o un trueno. No hay duda de que llegará y arrasará con lo que pille. Los hermanos se dan la mano nuevamente. No hay momento para nada más. No hay espacio para pensarlo otra vez. Es ahora o no será.

Dan dos pasos atrás para coger impulso y sin volver la vista, saltan lo más alto que sus cuerpos, cansados y sedientos, les permiten.

FIN.

SI NO EL QUE MÁS

Una mesa y dos sillas. Entra una pareja que parece venir de hacer la compra. Lo dejan todo sobre la mesa y ella vuelve a salir. Él saca algunas cosas de la bolsa, pero luego se entretiene con el móvil y se va. Ella vuelve a entrar. Ve las cosas de la mesa y comienza a irritarse.

LIDIA.- Pablo.

Silencio.

LIDIA.- ¡Pablo!

Silencio.

LIDIA.- ¡Pablo!

PABLO.- *(Saliendo con el móvil.)* ¿Qué pasa?! Ya te oí la primera vez.

LIDIA.- ¿Y por qué no contestas?

PABLO.- Ya estaba viniendo.

LIDIA.- Claro que sí.

PABLO.- ¿Qué pasa?

Lidia señala la compra.

PABLO.- ¿Qué? ¡Ya voy!

LIDIA.- Pablo, se descongelan las cosas. No las puedes dejar aquí e irte a jugar con el móvil.

PABLO.- No estaba jugando.

LIDIA.- ¿Y entonces qué?

PABLO.- Hablaba con Mario.

LIDIA.- Sobre juegos.

PABLO.- No.

LIDIA.- Ya, ya...

Pablo sigue escribiendo en el móvil.

LIDIA.- ¡Pero quieres dejar el móvil de una vez y llevar las cosas a la nevera!

PABLO.- ¡Lidia, joder, ya voy!

LIDIA.- ¡Que se descongela!

PABLO.- Literalmente ha pasado un minuto desde que he soltado la bolsa en la mesa. No se va a descongelar.

LIDIA.- Lo que tú digas.

Pablo coge la bolsa de congelados y se la lleva. Lidia busca en la compra.

LIDIA.- ¿Y el aceite?

PABLO.- (Desde dentro.) ¿Qué?

LIDIA.- El aceite.

PABLO.- (Entrando.) ¿Qué aceite?

LIDIA.- ¿Qué aceite va a ser? ¡El aceite para cocinar!

PABLO.- Había ¿no?

LIDIA.- Pero si te dije en el súper: Vete adonde el aceite que ya casi no queda.

PABLO.- Pues no te oí.

LIDIA.- Pero si fuiste, Pablo, por favor ¿Dónde tienes hoy la cabeza?

PABLO.- Fui a coger mayonesa. No recuerdo que me dijeras nada del aceite.

LIDIA.- Te lo dije. Pero estás con el móvil todo el santo día y no te enteras de nada.

PABLO.- ¡Qué pesada con el móvil!

Silencio.

LIDIA.- Relájate.

PABLO.- ¿Yo? Esa sí que es buena. Eres tú la que estás alterada.

LIDIA.- Por tu culpa. Por... Por qué no eres capaz de hacer ni lo más mínimo. Siempre tengo que estar encima de ti. ¡No soy tu madre!

PABLO.- ¡No hace falta que lo seas!

LIDIA.- ¡Pues no me des motivos!

Silencio.

PABLO.- Vale.

Coge las llaves y hace ademán de irse.

LIDIA.- ¿Adónde vas?

PABLO.- A buscar el maldito aceite.

LIDIA.- ¿Ahora?

PABLO.- Sí, eso también te parece mal.

LIDIA.- ¿De verdad vas a salir ahora solo para comprar el aceite?

PABLO.- ¿No era tan importante?

LIDIA.- No. No... No entiendes nada.

Silencio.

PABLO.- Ah, vale... Es una de esas cosas que... que no pillo ¿no? ¿Estás enfadada por algo y lo tengo que averiguar?... No tiene que ver con la compra, es otra cosa... ¿Me olvidé del cumpleaños de tu madre? Ah, no del cumpleaños de su perro...

LIDIA.- ¡No te burles! ¡Venga, vete! (Empujándolo a la salida.) ¡Vete a buscar el aceite y así me dejas un rato tranquila!

PABLO.- ¡No, no me voy! ¡No me voy!

LIDIA.- ¡Pues vete a donde no te vea porque me estas empezando a dar dolor de cabeza!

Silencio. Lidia se pone a revolver en la bolsa de la compra.

PABLO.- ¿Qué te pasa?

LIDIA.- Nada.

Silencio. Pablo se acerca a ella.

PABLO.- ¿Qué es lo no entiendo?

LIDIA.- ¿Por qué compramos tantas galletas de avena?

PABLO.- Lidia, por favor ¿Qué pasa?

LIDIA.- ¡Nada! ¡No seas pesado! ¡Tengo el día tonto y ya está!

PABLO.- Pues llevas encadenando bastantes días tontos.

LIDIA.- ¡Qué sí! Lo que tú digas.

Lidia coge un par de productos y se encamina a la cocina.

PABLO.- (Cogiéndola por un brazo.) Lidia...

LIDIA.- ¡Suéltame!

Al forcejear de forma violenta las cosas se le caen al suelo.

LIDIA.- ¡Joder, Pablo!

Lidia se agacha a recoger las cosas.

PABLO.- (Perplejo.) Esto no es una tontería... Jamás me habías tratado así... ¿Qué pasa?

LIDIA.- ¡No quiero hablar de esto ahora!

PABLO.- ¿“Esto”? ¿Qué es “esto”? y no me mientas... Te mueres por hablarlo... Te está matando no hablarlo.

LIDIA.- ¡No!

PABLO.- (Levantándola del suelo.) ¡Suéltalo ya!

LIDIA.- ¡Déjame!

PABLO.- ¡Habla!

LIDIA.- ¡No!

PABLO.- ¡Dilo!

LIDIA.- ¡Por favor!

PABLO.- ¡Vamos!

LIDIA.- ¡Estoy embarazada!

Se sueltan.

PABLO.- ¿Estás...?

LIDIA.- Sí.

PABLO.- Pero eso es maravilloso...

Pablo va a abrazarla, pero Lidia escapa. Él se sienta confuso.

PABLO.- ¿Qué pasa...? ¿Qué...? ¿Desde cuándo lo sabes?

LIDIA.- Desde hace un mes.

PABLO.- ¡Hace un mes! ¿Y por qué no me habías dicho nada?

Silencio.

PABLO.- Es que hay algún problema... ¿Estás bien? ¿Está bien?

Silencio.

LIDIA.- Estamos bien... de salud.

PABLO.- Vale... Bien.

Silencio.

PABLO.- Pues..., explícame porque... llevamos tiempo hablando de la posibilidad de ser padres y... si todo va bien ahí... ya te puedes imaginar lo que se me está pasando ahora por la cabeza.

Silencio.

LIDIA.- (Cayendo.) No... No, claro que no... Es tuyo... ¿Cómo puedes pensar...?

PABLO.- No sé... la noticia... En fin, yo creía... yo me imaginaba que... y desde hace mucho, que cuando me dieras tal noticia sería uno de los días más felices de mi vida, si no el que más, y... esto está siendo una puta mierda.

LIDIA.- Pablo, que quieres que te diga...

PABLO.- ¡Todo!

LIDIA.- Es difícil...

PABLO.- Vale...

Se miran.

LIDIA.- El día que sospeché que podía estar embarazada, ese día no fue un buen día. Yo también había imaginado que ese día sería uno de los mejores de mi vida... si no el que más.

PABLO.- Pero...

LIDIA.- Pero lo que pasó fue que me sentí como si estuviera cayendo por un precipicio y no había ni rama ni saliente al que agarrarme.

PABLO.- Te dio vértigo pensar en ser madre.

LIDIA.- No...

PABLO.- Esos miedos son normales. ¿Qué madre o padre primerizo no lo ha tenido? Pero..., pero no puedes dejarte llevar así ¿No se lo has contado a nadie?

LIDIA.- No.

PABLO.- Es que tu sola... con ese peso... es normal que te sientas confusa.

LIDIA.- No estoy confusa, Pablo. No voy a tenerlo.

Silencio.

PABLO.- ¿Cómo?

LIDIA.- No voy a tenerlo. Lo he retrasado porque tenía que hablarlo contigo, aunque nunca me parecía el mejor momento, pero ya decidí que no voy a tenerlo.

PABLO.- No entiendo...

LIDIA.- ¿Qué no entiendes?

PABLO.- ¿Tenías que hablarlo conmigo pero ya lo tienes decidido?

LIDIA.- Solo quería comunicarte que ya lo tengo decidido.

PABLO.- ¿Y ya está?

LIDIA.- Sí.

PABLO.- Y todas las veces que hablamos de tener hijos, de la ilusión que nos hacía. Lucas para el niño o Paula para la niña. La habitación, los regalos, su primer cumpleaños, todo eso... ¿Vas a tirarlo todo a la basura?

LIDIA.- No lo tiro...

PABLO.- ¡Claro que no! ¡Ahora me doy cuenta que nunca has querido tener hijos! ¡Qué tonto!

LIDIA.- ¡Eso no es verdad!

PABLO.- ¡Me has mentado! ¡A la cara!

LIDIA.- ¡Nunca!

PABLO.- ¡No! ¡Es verdad! ¡No tiras la ilusión de tener hijos a la basura! ¡No! ¡Coges mi ilusión, la haces picadillo y me la tiras a la cara! ¡Joder! ¡No pensé que pudieras ser tan egoísta!

LIDIA.- ¿Yo? ¿Egoísta? ¿yo? ¡Tú has sido siempre el centro de nuestra relación! ¡Todo el rato! ¡Todo era por ti! ¡Yo estaba en un segundo plano! ¡Y no me importaba si tú eras feliz!

PABLO.- ¡Yo jamás te pedí ser el centro!

LIDIA.- ¡Tampoco te quejaste nunca!

PABLO.- ¿Y así quieres recuperar tu centro? ¿Tu importancia en la relación? ¿Negándome un hijo? ¿Te parece bien?

LIDIA.- ¡Lo dices como si fuera una venganza!

PABLO.- ¿No lo es?

LIDIA.- ¡No! ¡No! ¡No!

PABLO.- ¿Y entonces qué? ¡Si no quieres tener este hijo, ni por venganza ni por miedo entonces por qué? Dime, ¿por qué? ¿por qué?

LIDIA.- ¡No quiero tener un hijo... contigo!

Silencio.

LIDIA.- Al principio sí, te lo juro. Al principio era divertido. Al principio era... al principio tenía sentido, pero ahora... A lo mejor hemos esperado mucho... A lo mejor es... mejor así.

PABLO.- Tenías que haber empezado por ahí.

LIDIA.- Lo siento.

PABLO.- Tenías que haber empezado por ahí... Tenías que haberme pedido que me sentara. Tenías que haberme dicho que ya no me querías... Eso tenías que haber hecho. Tenías que habérmelo ocultado todo y yo...

Lidia va a tocarlo, pero él se aparta.

PABLO.- Tenías que habérmelo ocultado y yo... solo hubiera llorado por ti y por mí, solo por eso...

LIDIA.- No te hubiera hecho eso...

Silencio.

PABLO.- Lo sé.

Pablo se levanta. Mira confuso a su alrededor. Luego hace ademán de irse.

LIDIA.- ¿Adónde vas?

PABLO.- Voy... voy a ir a comprar el aceite y luego... y luego...

Pablo se da la vuelta y se va. Lidia se queda mirando la salida, luego mira las bolsas, las recoge y se sale.

TELÓN.

CAJA DE FUEGO

ELLA

El suelo está demasiado frío, se me congelan las piernas. Y las piedritas se me clavan en las rodillas. Ayer me hice sangre. Yo no sabía que tendríamos que empezar así el día, todos los días. Ni siquiera entiendo las frases que me hacen decir. Los demás las dicen como si estuvieran escupiendo fuego, muy rápido para terminar lo antes posible, pero con cara de que entienden todo. Ellos lo entienden. Pero mírame. Mírame, al menos. Estoy intentando comprender. Si no lo estuviese intentando, ya habría salido de aquí corriendo como los niños chiquititos cuando escuchan el grifo de la bañera. La maestra tiene una mirada muy oscura, intento no mirarla mucho. Bueno, no la miro nunca, y por eso mis ojos van hacia otro lado siempre. El otro día me fijé en la otra sala. En esa sala hay brujas que se alimentan de los niños chiquititos, de los que no se quieren bañar, o de los que se quejan de las piedritas del suelo, o de los que lloran porque piden ayuda. ¿No me vas a mirar? Siempre mirando hacia abajo. No hay nada ahí. Yo estoy aquí. ¿Te duelen? Las rodillas, ¿te duelen? A ti te hacían lo mismo, imagino. Me gustaría poder...

VOZ

Bruja.

ELLA

¿Bruja? Una bruja te hizo esto, ¿cuál de ellas? (No responde) Pero levanta la mirada. Háblame otra vez. ¿Sabes? Los niños chiquititos sonríen al despedirse y le dan un abrazo fuerte a la bruja. ¿Tú lo hacías? Yo es que no puedo. No puedo confiar en seres que me dan miedo. Tú, por ejemplo... tú no me das el abrigo que necesito para sonreírte. Dije abrigo pero no me refiero a una rebeca que yo me ponga por encima si tengo frío. Me refiero a... a ver, tú me entiendes. No eres muy amable, porque ni me miras, no me pareces humano. Humanidad, eso.

VOZ

Bruja.

ELLA

Me vas a tener que decir más cosas para poder ayudarte. Como te decía, cuando estoy con ellos intento no mirarles muy hondo para que no puedan saber lo que estoy pensando. Contigo ni me preocupo. Pero ellos... si supieran que pienso en que me gustaría volverme transparente y quitarme toda esta ropa que pesa y brindar con la copa de oro y dormirme acurrucadita al lado de la caja de fuego, pues me meterían en el pozo.

VOZ

Al pozo.

ELLA

Sí, el pozo. El otro día metieron a la niña de coletas rubias. El pozo es demasiado oscuro y frío. Tu caja de fuego me gusta más.

VOZ

Eso, fuego.

ELLA

Eso, fuego. Cuando me dijeron que si la caja está encendida es porque estás dentro, casi me da un patatús. ¿Cómo vas a caber ahí? Es de locos. También me dijeron que si está apagada es porque te has ido a otra parte de visita. ¿A dónde vas? A mí me gustaría visitar también.

El espacio comienza a llenarse de humo. Mientras sigue hablando, el humo la tapa por completo, pero seguimos escuchando su voz.

ELLA

A mí me da igual si no estás, pero me gusta cuando la caja da calor porque me recuerda a casa. A lo mejor por eso viene siempre mucha gente a verte y sentir ese calor. Hace calor. La casa es una sensación. A mí me gusta sentirme en casa cuando no estoy en ella.

LA BRECHA, HACIA EL ENCUENTRO UN AÑO DESPUÉS

HUGO

(da vueltas, nervioso, se sienta y se pone de pie consecutivamente. Pasan los minutos. Saca su teléfono móvil, habla para la grabadora).

Son las dieciocho y dos minutos, llevo aquí diez minutos. He tratado de ser puntual, llegar solo un poco antes de la hora fijada, pero ya han pasado dos minutos de las dieciocho horas..., ahora tres, ahora son tres minutos pasadas las dieciocho horas..., temo que no venga. No sé si le habrá podido pasar algo. No he querido escribirle, tal y como acordamos.

(HUGO se pone de pie, revisa la calle. Se vuelve a sentar).

Son las dieciocho y doce minutos. Antes podía haber sido algo ocasional, lo típico que te retrasas algún minuto, pero ya son doce minutos... ahora trece, son trece minutos los que..., ¿qué hago? ¿Me voy? Esperaré un rato más. A lo mejor se ha olvidado. Hay un señor en el banco de enfrente que me mira extraño, tal vez me esté espiondo. Tiene una gabardina y estamos en septiembre. Tal y cómo conté antes, este el día señalado en el calendario. Debía estar aquí, pero aquí solo estoy yo y ese señor con gabardina en un día tan caluroso como hoy. Voy a respirar...

(HUGO se sienta y empieza a meditar, pero no logra concentrarse)

No puedo respirar, el señor con gabardina se ha ido, falsa alarma. ¡Ay, no he dicho la hora! Son las... dieciocho y quince..., vale, me he agobiado, solo he intentado pasar un minuto respirando y ya he desistido. No sé si ponerme unos auriculares y ponerme música para que se me haga más fácil la espera, que dicho sea de paso, ya está llegando impuntual..., pero a lo mejor es de mala educación ponérmelo..., va a pensar que estoy haciéndome el interesante. ¿Qué escucho? Tal vez algo más alternativo, como de autor, por si me pregunta...mmm, Valeria Castro. Sí, Valeria Castro sería muy buena opción. Vale, calma, la estoy viendo venir, es ella. ¿Es ella? Sí, es ella. ¡Mierda! Sacaré los auriculares y me pondré..., ¿por qué sigo hablando y no estoy haciendo lo que debería hacer? Se acerca.

(HUGO se desespera y busca sus auriculares de cable, trata de ponerlos, pero se enreda, pone música en el móvil cuando entra en escena MALENA, HUGO no se da cuenta de que no llegó a enchufar sus auriculares, suena a todo volumen en su móvil "Yo no te pido la luna" versionada por Sergio Dalma. HUGO se hace el interesante sintiendo la canción)

MALENA

(ríe) ¿Hugo? ¡Hugo!

HUGO

(para la música y se da cuenta de que no tenía enchufado los auriculares) ¡Malena! ¡Qué sorpresa!

MALENA

¿Sorpresa por? Llegué tarde, pero llegué.

HUGO

(hace ademán de dar un abrazo, recula) ¿Cómo estás?

MALENA

Wow..., no sé ni por dónde empezar. ¿Qué te parece si vamos a una cafetería y nos ponemos al día?

HUGO

No, prefiero aquí. Hay más aire.

MALENA

Pero hace más calor.

HUGO

Pero correrá brisa, la tarde ya empieza a refrescar.

MALENA

Si tú lo dices.

HUGO

Antes había un señor con gabardina.

MALENA

Lo que no entiendo es por qué te he encontrado en este punto, habíamos quedado en el Manzana.

HUGO

¿Ah sí? ¡Sí, pero..., pasé por allí y estaba cerrado!

MALENA

¿Cerrado el manzana hoy? Qué raro, suelen cerrar los lunes y martes.

HUGO

Ya..., es raro sí...

MALENA

¿Y cómo sabía que vendría por aquí?

HUGO

Siempre vienes por aquí.

MALENA

Ya no..., ya no vivo donde siempre.

HUGO

¿Ah no? ¿Dónde vives ahora?

MALENA

En realidad, ya no vivo aquí

HUGO

Ya, ya me dijiste que no vivías aquí, ¿pero a dónde te fuiste?

MALENA

Quiero decir que ya no vivo en la isla, ya no vivo en Tenerife.

HUGO

¿Cómo?

MALENA

Sí, me mudé hace unos meses.

HUGO

¿A dónde?

MALENA

A Málaga.

HUGO

¿Y qué tal Málaga?

MALENA

No tan bien como Granada.

HUGO

Granada...

MALENA

Sí, a veces voy con el coche y paso el fin de semana allí.

HUGO

Me encantó Granada, me encantaría volver.

MALENA

¡Podrías ir!

HUGO

Sería distinto, no sé si quiero volver.

MALENA

Acabas de decir que te encantaría volver.

HUGO

Ya, pero son muchos recuerdos. Hay sitios a los que no debemos volver.

MALENA

Comprendo... ¿Y tú? ¿Sigues viviendo donde siempre?

HUGO

Donde siempre.

MALENA

¿Te pasa algo?

HUGO

¿A mí? ¿Y a ti?

MALENA

...

HUGO

Perdón. No, no me pasa nada.

MALENA

Es que te veo de vez en cuando mirar a todos lados. ¿Esperas a alguien más?

HUGO

(duda) No, no. A nadie. ¿Y tú?

MALENA

(ríe) ¿Qué dices?

HUGO

(ríe sin saber por qué) ¡Qué coincidencia! ¿No?

MALENA

¿Qué cosa?

HUGO

Esto. Que te hayas mudado a Granada

MALENA

Málaga

HUGO

Eso, Málaga y que justo hoy nos hayamos visto aquí en este paseo..., porque íbamos a quedar en el Manzana aunque si te digo la verdad no recuer...

MALENA

¡Hugo! ¿Qué dices? Vale, comprendo. Te habías olvidado.

HUGO

¡No! Bueno, sí.

MALENA

¿En serio? Solo ha pasado un año.

HUGO

Ya me estoy acordando.

MALENA

No, no te estás acordando. Te conozco bien.

HUGO

No lo suficiente.

MALENA

¿Qué día es hoy Hugo?

HUGO

Catorce de septiembre.

MALENA

¿Y qué hora es?

HUGO

Las dieciocho y treinta y dos minutos... y treinta y tres ahora.

MALENA

Quedamos a las seis de la tarde en el Manzana...

HUGO

¿Cuándo?

MALENA

¡Hoy! ¡Te lo estoy diciendo! ¿Te pasa algo, estás bien?

HUGO

Sí, digo que cuando acordamos esta cita.

MALENA

Hace un año.

HUGO

¿Hace un año acordamos vernos hoy mismo a esta hora en el Manzana?

MALENA

¿Hay que sobre explicarlo todo? Creo que está bastante claro, pero veo que me estás tomando el pelo. Me voy.

HUGO

No, no. No te vayas. Quédate un poco más.

MALENA

¿Qué quieres Hugo? Ya me has visto, ya te he visto. No creo que haya nada que decir.

HUGO

Hay mucho.

MALENA

Pero si no te acuerdas de que habíamos quedado.

HUGO

Para mí no es fácil.

MALENA

Tú fuiste quien propuso esto.

HUGO

No quedó otra.

MALENA

Estuve esperándote los primeros meses y no me llamaste ni me escribiste ni una sola vez.

HUGO

No podía, Malena.

MALENA

¿De acuerdo, pero por qué te has olvidado de la cita de hoy?

HUGO

¡No me he olvidado!

MALENA

¿Entonces?

HUGO

Estaba huyendo.

MALENA

¿De qué?

HUGO

De ti.

MALENA

No entiendo nada.

HUGO

No es fácil, Malena. Yo te sigo queriendo. He aguantado el tipo como he podido, no esperaba que te fueses a vivir a la península. ¿Es verdad lo que dijiste?

MALENA

Sí.

HUGO

Siempre amenazabas con irte y nunca lo hacías.

MALENA

Pues ya lo he hecho.

HUGO

No ha habido día que no haya pensado en ti, ni noche que no haya soñado contigo. Añoro todos los días el tacto de tu piel y tu risa y mi casa ya no es mi casa, he perdido la chispa. Te la llevaste a Granada.

MALENA

A Málaga.

HUGO

Es lo mismo.

MALENA

No, no es lo mismo, Málaga y Granada no son lo mismo.

HUGO

No me refiero a eso, me refiero a..., da igual. He estado soñando con encontrarnos en el Manzana durante meses, no sabía si vendrías. El Manzana está abierto, me dirigí hacia allí, pero las piernas me llevaron hasta aquí, sabía que vendrías por este camino y me ha sonado Sergio Dalma cuando quería poner Valeria Castro y lo hice con la intención de que al llegar me preguntases qué escuchaba y así poder compartir los auriculares, como hacíamos siempre y poder empezar.

MALENA

Sergio Dalma me gusta.

HUGO

¿Ah sí? No sabía que...

MALENA

Supongo que nunca dejamos de descubrírnos.

HUGO

¿Y ahora qué hacemos?

MALENA

Seguir

HUGO

¿Hacia dónde?

MALENA

Cada uno su camino.

HUGO

No quiero.

MALENA

Es lo correcto.

HUGO

Siempre dices hacer lo correcto, pero nunca lo haces.

MALENA

¿Cómo?

HUGO

Siempre crees estar haciendo lo correcto, pero nunca haces las cosas de corazón.

MALENA

Ponme un ejemplo.

HUGO

No hay mejor ejemplo que lo nuestro.

MALENA

No podía ser.

HUGO

No querías que fuera y no entiendo por qué.

MALENA

Era muy difícil.

HUGO

No, solo tenías que dejarte llevar, yo vi tus ojos enamorados.

MALENA

Y lo estuve

HUGO

Hablas en pasado.

MALENA

Sí, he hecho un trabajo importante

HUGO

¿Y para qué has venido?

MALENA

Porque habíamos quedado.

HUGO

¿Vienes desde Málaga hasta aquí después de todo? Aún no me has olvidado

MALENA

No me queda claro si querías verme o no.

HUGO

No te sé responder. Por una parte sí, pero por otra no quería que vinieras, me hubiera gustado llevarme la decepción.

MALENA

¿Por qué?

HUGO

Porque tenía miedo de que ocurriera esto.

MALENA

¿Qué es esto? ¿Discutir?

HUGO

¡No! Darme cuenta de que te sigo amando.

MALENA

Hugo...

HUGO

No sé lo que es no quererte, tenía miedo de volver a verte y reactivar todo lo que pensé que había trabajado en olvidarte, pero no sé si me vuelve más loco no verte o verte todos los días y saber que nunca estaremos juntos.

MALENA

Fue muy bonito lo que vivimos, Hugo, dejémoslo así.

HUGO

Podría haber sido más bonito aún.

MALENA

Tenía novio.

HUGO

¿Ya no?

MALENA

Sí, sigo teniendo. Sigo con él.

HUGO

¿Ves? Siempre hablas de él en pasado o lo omites.

MALENA

No sé por qué sigo con él, no estoy enamorada...

HUGO

No, no empieces. Ya hemos vivido esto, siempre dices eso, luego tú y yo vivimos una aventura preciosa, como si se nos fuese a acabar el mundo, después te arrepientes y me dejas de hablar o simplemente desapareces, al cabo de un tiempo me pides perdón y luego me pides ser amigos. Así no funcionan las cosas.

MALENA

Yo te quise.

HUGO

Sí, eso, mejor en pasado. No quiero oírte decir que aún me quieres.

MALENA

Es que aún...

HUGO

¡He dicho que no!

(silencio)

MALENA

Mejor me voy

HUGO

No, quédate un poco más. Quédate esta noche.

MALENA

Sale el avión esta noche.

HUGO

Yo te pago otro vuelo mañana.

MALENA

No, Hugo. Hay brechas que no se pueden cerrar.

HUGO

¿Te vas?

MALENA

Me voy.

HUGO

Me sabe fatal.

MALENA

Es lo mejor.

HUGO

Estará todo bien.

MALENA

Sí.

HUGO

Te quiero.

MALENA

Y yo a ti.

(MALENA se va, HUGO se queda en el banco, coge el móvil, enciende la grabadora)

Domingo, catorce de septiembre, son las... diecinueve horas y cinco minutos..., sí, cinco minutos. Malena sigue igual de guapa que siempre. Al principio estaba despistado, pero es cierto que habíamos quedado tal día como hoy en el Manzana. Pero pensé que era el quince de septiembre, juraría que es ella la que se ha despistado. Hoy solo estuve ensayando los pasos hacia el Manzana, está todo mal, siento que esta conversación debe ser más larga, tal vez en el futuro pueda retomarla. Son las diecinueve y seis minutos y el chico de Wallapop no ha llegado aún. Me han estafado. Dos veces hoy, la más importante, otra vez el corazón.

LA BRECHA

Escena Primera

Individuo entra en escena

Persona espera dentro de un Café

Individuo: "He venido a pagarte"

Persona: "¿A pagarme?" pregunta

Individuo: "Sí, acabo de salir de la psicóloga y creo que te debo mucho dinero. Ella cobra 80€ la hora, nunca podré pagarte ese caché, pero creo que es importante hacerlo, aunque sea de manera simbólica"

Persona: "Sigo sin saber de qué hablas"

Individuo: "La cantidad de labor invisible que has hecho por mi siendo, mi espejo, mi pizarra blanca, mi hombro, mis emociones durante toda nuestra amistad, no tiene precio, así que le vamos a poner un estimado ahora."

Persona: "En ese caso será justo que descuentes de ello, las horas, consejos y presencias que has tenido conmigo"

Individuo: "Cierto, pero para mi es mucho más fácil estar disponible que para tí"

Persona: "Vuelvo a perderme amiga"

Individuo: "Tengo una vida simple, un trabajo de lunes a viernes, de 8 horas, un sueldo fijo, una red de apoyo, unas comodidades que tu simplemente no tienes"

Persona: "Entonces esto va de privilegio, en cuyo caso me debe dinero mucha gente" **Individuo:** "Por lo tanto permíteme que te de esto"

_ Individuo le entrega un sobre rojo a Dentro _

Individuo: "Esto es una cantidad de dinero simbólica, nunca podré pagarte todo lo que te debo, pero prometo estar aquí para cuando me necesites"

Persona: “Gracias, ¿nos vamos de compras?”

Individuo y Persona salen de escena

Escena Segunda

Dentro espera mientras cose

Entrante entra en escena

Dentro: “¿Y te parecen horas?”

Entrante: “Lo se, es tarde, lo siento”

Dentro: “Es más bien temprano. ¿No te parece que llegar al próximo día es no llegar?”

Entrante: “Estoy aquí”

Dentro: “Nadie me va a devolver las horas de sueño”

Entrante: “Lo se, es solo que tenía que pasar por el cajero y no había dado cuenta de la hora, mami, perdona”

Dentro: “Bueno, ¿comiste, estas bien, estarás cansado”

Entrante: “Lo estoy pero me gustaría primero darte algo”

Dentro: “¡Cha! ¡que me vas a dar tu a mi nada!”

Entrante: “Escuchame, es por lo que he llegado tarde, estaba buscando el dinero para pagarte”

Dentro: “¿Me debes pasta?”

Entrante: “Si, mucha, más de la que tengo”

Dentro: “¿De qué hablas?”

Entrante: “Má, te debo todas las noches sin dormir. Te debo todas las comidas, los yogures y los huevos fritos, te debo porque no se como llegan mis calzoncillos limpias al cajón, o donde está el recambio del jabón del baño. Te debo los años de vida en los que no he sabido como se limpia un cepillo o cuánta sal ponerle a la comida. Te debo los años invertidos en que yo tuviera tiempo, fuerza, libertad y disponibilidad, porque no es casualidad que hoy pueda ir al cajero a buscar dinero; es porque tú has trabajado para mi como yo nunca lo haré por nadie. A las mujeres como tú habría que pagarles por ser y aunque no te puedo poner aún un sueldo, quiero darte una paga simbólica.”

Dentro: “Muchacho, déjate cosas, eso es la labor de ser madre”

Entrante: “No Má, la labor de ser madre la hiciste en el parto, todo lo demás me lo has regalado, mi éxito, mi tranquilidad, mis cuentas, mi capacidad de que algo pueda serme indiferente no viene de la nada, viene de que para tí no lo es. A la madres, a las Amas de casa habría que ponerles un sueldo. Se encargan de que personas como yo podamos tener una vida propia, de que no tengamos que hacer toda la labor de ensamblaje original que implica ser una persona con responsabilidades, y no importa cuanto tiempo o atención te dedique, tu no pudiste tener una profesión porque tu tiempo y esfuerzo lo dedicaste a que mis hermanas y yo si pudiéramos tenerla. Te debo mucho más que esto *_le dice entregándole un sobre rojo con dinero_* e intentaré pagártelo como si de una taxación se tratara, porque nunca has cotizado todos los años de trabajo que le has dedicado a mi vida”

Salen de escena

UN LUGAR

Entra Luis muy alterado. Federico está sentado mirando al público.

LUIS: ¿sabes cuánto tiempo llevo buscándote? Ni lo intentes porque no serías capaz ni de contarlo. ¿dónde te habías metido? Bueno, es que ni sé si quiero saberlo.

Silencio.

LUIS: y como siempre ahí estás. Calladito. Como si no hubiese pasado nada. Como si todo tuviese sentido para ti. Tal vez dentro de tu mundo, claro está. Pero aquí, en mi mundo, donde vivimos los dos, no. Aquí nos comunicamos. Aquí hablamos, charlamos, hasta discutimos. Muchas veces por tonterías, pero es una forma de comunicarnos, al fin y al cabo. Porque el silencio no lleva a nada.

Silencio.

LUIS: ¿ves? A nada. ¿crees que es positivo? ¿te parece, dentro de tu mundo, que todo esto es normal?

Silencio.

LUIS: bueno. Perdóname. A lo mejor tendría que calmarme, ¿verdad? (pausa) pero es que... lo he pasado muy mal buscándote. Bueno, mejor dicho, esperando que aparecieses. Es muy difícil estar en mi lugar. Porque duele. Y mucho. Duele, y mucho. Duele, y no sólo la preocupación, duele de verdad. Te lo juro. Duele aquí (se toca el pecho) como si fuese una herida, una brecha... no sé cómo explicártelo. Y creo que ya debería callarme porque voy a provocar que sigas en silencio y no quiero que sigas callado, quiero que me hables. Así que me voy a callar ya, ¿te parece bien? Bueno, no me respondas a eso, si no quieres...

FEDERICO: ¿y a qué quieres que responda, entonces?

LUIS: pues a lo primero. ¿dónde te habías metido?

FEDERICO: he estado aquí.

LUIS: no, aquí no, porque aquí he estado varias veces y tú no estabas aquí.

FEDERICO: a lo mejor no mirabas bien.

LUIS: ¿Qué yo no miraba bien?

FEDERICO: hay que fijarse mejor.

LUIS: ¿y en qué quieres que me fije mejor?

FEDERICO: en lo que ves.

LUIS: veo lo que hay que ver.

FEDERICO: pero no siempre lo que hay que ver es lo que ves.

LUIS: bueno, puedes tener razón. Pero si lo veo, tengo que decir que lo veo.

FEDERICO: sí, pero entonces no digas que lo has visto todo.

LUIS: ¿cuándo he dicho yo que lo he visto todo?

FEDERICO: hace un momento.

LUIS: hace un momento te he dicho que había pasado varias veces por aquí y tú no estabas.

FEDERICO: exacto.

LUIS: por lo tanto, no he dicho que lo viese todo.

FEDERICO: pero si sólo venías a buscarme a mí, eso quiere decir que veías todo lo demás.

LUIS: ¿y más hay que ver?

FEDERICO: lo demás que hay alrededor de mí.

LUIS: pues lo que hay alrededor de ti es... (observa alrededor) es... (sigue observando) ¿qué es lo que hay alrededor?

FEDERICO: dímelo tú.

LUIS: es que no sé cómo describirlo.

FEDERICO: pues tenemos un problema.

LUIS: ¿por qué?

FEDERICO: porque yo tampoco sé cómo describirlo.

Silencio.

FEDERICO: ¿y bien?

LUIS: bien, ¿qué?

FEDERICO: ¿cómo te encuentras ahora?

LUIS: más tranquilo.

FEDERICO: ¿por qué tardaste tanto?

LUIS: lo que me faltaba...

FEDERICO: No te estoy juzgando.

LUIS: pues lo parece.

FEDERICO: pero no lo es.

LUIS: pues me siento juzgado.

FEDERICO: está bien. Pues convirtámoslo en un juicio.

LUIS: perfecto, me parece fenomenal.

FEDERICO: (en papel de juez) por favor, señor don Luis, cálese o tendré que echarlo de la sala.

LUIS: espera Federico...

FEDERICO: por favor, a mí tiene que dirigirse de su señoría o magnificencia.

LUIS: ¿magnificencia? Si ni siquiera sabes lo que significa eso.

FEDERICO: (sale del papel) ni tú tampoco, pero suena importante y poderosa.

LUIS: está bien.

FEDERICO: (en papel de juez) señor don Luis, le he dicho ya que tiene que callarse, aún no le he dado la palabra.

LUIS: no sabía que ya habías empeza...

FEDERICO: tercer aviso, el siguiente abandonará la sala. (pausa) veamos, según tengo en mis informes, usted se encuentra acusado de abandono, ¿cómo se declara?

LUIS: ¿abandono?

FEDERICO: (saliendo del papel) responde a mi pregunta que si no tendré que echarte y no quiero.

LUIS: me declaro inocente, magnificencia.

FEDERICO: para esclarecer un poco la situación, cuéntenos...

LUIS: ¿a quiénes? (Federico hace señas de que se lo tome en serio) ¿sí, magnificencia?

FEDERICO: cuéntenos a los presentes cómo era su relación con la parte acusadora antes de la ruptura.

LUIS: pues muy buena. Hacíamos una vida normal. Salíamos todos los días. Normalmente por el barrio. Dábamos una vueltecilla. Salíamos ver anochecer, aunque siempre dependía del horario, ¿no? Porque en verano anochece más tarde y...

FEDERICO: ¿tiene usted constancia de que la parte acusadora conoce esos detalles temporales?

LUIS: supongo.

FEDERICO: (saliendo del papel) ¿supones?

LUIS: ¿no lo sabías?

FEDERICO: ¿me preguntas a mí?

LUIS: ¿y a quién le voy a preguntar, si no?

FEDERICO: no lo sé.

LUIS: pues si tú no lo sabes, yo no lo sé, la verdad, Federico.

FEDERICO: ahora él no lo sabe.

LUIS: házmelo saber.

FEDERICO: ¿el qué?

LUIS: eso mismo.

FEDERICO: especifica.

LUIS: si tú sabías que el tiempo cambia en verano y en invierno, que el horario...

FEDERICO: mejor no hablemos del horario.

LUIS: ¿qué pasa con el horario?

FEDERICO: que le estás diciendo al juez que salíamos todos los días a ver anochecer y no es cierto, y tú lo sabes.

LUIS: alguna vez...

FEDERICO: ni alguna vez, ni nunca.

LUIS: ¿me vas a decir que nunca vimos anochecer juntos?

FEDERICO: alguna vez.

LUIS: ¿alguna vez?

FEDERICO: sí, alguna. Pero no siempre.

LUIS: no, siempre no.

FEDERICO: ¿y por qué has dicho antes que siempre?

LUIS: es una forma de hablar.

FEDERICO: pues habla de otra forma.

LUIS: pero sólo sé hablar de esta forma.

FEDERICO: aprende, como aprendí yo a hablar contigo.

LUIS: pero lo tuyo es distinto.

FEDERICO: ahí sí coincidimos, somos distintos.

LUIS: yo no he dicho que seamos distintos. Aunque sí que lo somos, pero quiero decir que...

FEDERICO: *(en papel de juez)* según las pruebas aportadas por la parte acusadora... *(saliendo del papel)* yo *(en papel de juez)*. Usted no siempre fue amable con él, ¿cierto?

LUIS: *(pausa)* cierto.

FEDERICO: podría explicarse, por favor.

LUIS: bueno, al principio. Cuando nos conocimos. Fue un shock para mí. De la noche a la mañana estaba en casa. Tan pequeño. Tan lleno de vida. Y mi actitud no tenía nada que ver con la amabilidad. Era más bien miedo.

FEDERICO: *(saliendo del papel)* ¿me tenías miedo?

LUIS: sí. Y mucho.

FEDERICO: pero si era imposible que te hiciese daño.

LUIS: temía hacerte daño yo a ti.

FEDERICO: *(algo asustado)* ¿cómo?

LUIS: no lo sé. Apretarte demasiado fuerte, o demasiado flojo y que te cayeses de mis brazos.

FEDERICO: no tenías por qué cogerme en brazos. Aprendí a caminar bastante rápido.

LUIS: demasiado rápido, diría yo.

FEDERICO: ¿y eso te molestaba?

LUIS: no, ¿cómo me iba a molestar?

FEDERICO: no lo sé, es lo que parece.

LUIS: pues lo que parece no siempre es.

FEDERICO: pero aquí lo parecía.

LUIS: Magnificencia, la parte acusadora está poniendo palabras en mi boca que yo no he dicho.

FEDERICO: *(desencajado. No sabe si reír o enfadarse. Vuelve al papel de juez)* Ciertamente, don Luis, continúe con su relato.

LUIS: en fin. Que nos costó a ambos conectar...

FEDERICO: *(saliendo del papel)* no nos...

LUIS: Sí, nos costó. Porque ni yo le entendía a él, ni él me entendía a mí. Y , aunque no nos entendíamos, yo comprendí, después de probar y probar, cuáles eran sus necesidades y él entendió cuáles eran las mías.

FEDERICO: (en el papel de juez) ¿podría usted definir cuáles eran las necesidades de la parte acusadora?

LUIS: comer, cagar y dormir.

Los dos sonríen.

FEDERICO: ¿y las tuyas, don Luis?

LUIS: que él comiera, cagara y durmiese.

FEDERICO: ¿y hubo alguna vez que estas necesidades no fueron satisfechas?

LUIS: sí.

FEDERICO: *(saliendo del papel. Preocupado)* ¿cuándo?

LUIS: cuando te fuiste.

FEDERICO: pero yo ya no necesito comer, cagar y dormir.

LUIS: pero yo sí necesito que tú lo necesites. Porque si no sentiré que te habrás ido del todo.

FEDERICO: (se ríe) por esa brecha (le toca el pecho donde se tocó Luis antes al referirse a esa palabra). oirás todos los días mi ladrido, y así sabrás que estoy allí, papá.

FIN

POR SI CAE

En una camioneta, cinco militares se fuman un porro. Viajan en la parte trasera de una Jeep militar. Se oye destrucción por todos lados. Ellos, ajenos al entorno por completo.

AMIGO 1- ¿Por qué lloras?

AMIGO 2- Porque me duele la boca.

AMIGO 1- Ah, ¿y por qué no llora la boca?

AMIGO 2- Porque no sabe.

AMIGO 3- ¿Qué es lo que no sabe?

AMIGO 1- Llorar como una loca.

AMIGO 2- ¿Te duele?

AMIGO 1- Ya no.

AMIGO 3- ¿Y si se cae?

AMIGO 5 - ¿Qué se va a caer?

AMIGO 4- La estrella.

AMIGO 1- O la Luna.

AMIGO 2- O mi boca.

AMIGO 4- O el cielo.

AMIGO 1- Abajo, más abajo.

AMIGO 5- ¿Más abajo del cielo?

AMIGO 2- Del cielo de mi boca.

AMIGO 4- (a AMIGO 5) Más o menos.

AMIGO 1- ¿Te molesta?

AMIGO 2- Un poco

AMIGO 3- ¿Y si hablas?

AMIGO 5- Ya habla.

AMIGO 1- Pero que no hable de la boca.

AMIGO 3- Para que descanse.

AMIGO 4- Para que calle.

AMIGO 5- Su dolor.

AMIGO 1- De todo olvide.

AMIGO 2- Y no mate.

(PAUSA)

(Todos barren con la mirada de arriba a abajo)

AMIGO 3- Ya cayó.

AMIGO 5- *(Con prismáticos)* ¿Y cómo fue?

AMIGO 3- Un golpe fuerte y certero.

AMIGO 2- *(Llevándose la mano a la boca)* Profunda y fea.

AMIGO 1- Un artefacto.

AMIGO 4- Frío.

AMIGO 3- Descolorido

AMIGO 2- Sonoro.

AMIGO 4- ¡Ya llegamos!

AMIGO 3- ¡Arreando! *(Bajando del vehículo)*

Han llegado a un campamento y se dirigen a una mesa donde un médico pasa revisiones. En la mesa se encuentran artillugios antiguos: reglas, agujas gigantescas, caretas de soldador, martillos...

DOCTOR- Siguiente, pase, el que toque...

AMIGO 2- Me duele, mucho, mucho...

DOCTOR- Doce centímetros y un cuarto. Infección, mucha infección. De acuerdo... Para casa. Siguiente.

AMIGO 3- Me late, mucho, mucho...

DOCTOR- Pulsaciones a reventar... De acuerdo... Para casa... ¡Siguiente!

AMIGO 5- Echo de menos a mi esposa, mucho, mucho...

DOCTOR- *(Dando un abrazo a AMIGO 5)* Cierto, usted tiene carencia afectiva. Para casa... ¡El otro!

AMIGO 1- Voy a ser padre, doctor. Tenga la consideración.

DOCTOR- Quiera a su hijo como a su padre. Para casa.

AMIGO 4- Quiero acompañar a mis amigos a casa. Eso me hará feliz...

DOCTOR- No se diga más. Para casa. Vayan muchachos. Váyanse y no miren atrás. Que ya volverán a lamentarse, a lamerse las heridas y a preguntarse el por qué no regresaron a casa temprano.

FORNITE

ORLANDO.- Señora, créame, llevo años en esta profesión y cada caso es una historia totalmente diferente.

MARISA.- Tenga cuidado con los escalones.

ORLANDO.- La gente cree que mudarse al campo es coser y cantar, pero no: hay mucho trabajo. Las casas se deterioran...necesitan una revisión; yo recomiendo como mínimo, una cada dos años, pero hecha por un profesional. Porque el problema hoy en día es que cualquiera se cree albañil por un vídeo de YouTube y una visita al Leroy Merlin. Y no... la cosa no es tan fácil.

MARISA.- Todo empezó con una manchita en la pared.

ORLANDO.- Una manchita en la pared... un mes más tarde la pintura descorchá. Ay, señora, si esta es la historia de nunca acabar... Humedades: yo he estado en casas donde la pared es agua, de poner la mano aquí y empaparte.

MARISA.- Es usted muy alto, ¿cuánto mide?

ORLANDO.- Uno ochenta y nueve.

MARISA.- Aquí el techo baja un poco y algunas visitas suelen darse con...

ORLANDO.- ¡Ay!

MARISA.- Cuidado con la viga. Nunca venimos a este lado de la casa, por eso está así...

ORLANDO.- Sin terminar.

MARISA.- Sí, bueno, terminada está. Lo que pasa es que no le he puesto el mismo cariño que al resto. ¿A usted le parece que está sin terminar?

ORLANDO.- No, no... bueno, un poco sí. Le falta algún rodapié, una lamparita... pero poca cosa.

MARISA.- Bueno, es que entre el trabajo, la casa, los perros, el niño... no doy para mucho más.

ORLANDO.- ¿Lleva mucho tiempo aquí?

MARISA.- Dos años. Me mudé al divorciarme. Antes vivíamos en la ciudad, pero necesitaba un cambio de aires.

ORLANDO.- *(Asomándose por una pequeña ventana)* Tiene usted la finca mal aprovechada. Aquí podría plantar aguacates; eso es una mina de oro

MARISA.- Sí, lo he pensado, es un proyecto a largo plazo. Continúe, por favor, ya casi estamos.

ORLANDO.- Es que por el olor ya se detecta. Tiene que pasarle un pañito con alcohol etílico a las paredes. Eso es formidable, lo mejor que hay.

MARISA.- Está aquí. ¿Lo ve? Como le dije por teléfono, al principio era como una manchita muy pequeña, de apenas unos centímetros, y poco a poco ha ido aumentando...

ORLANDO.- *(Contando pasos)* Tres, cuatro... son casi cinco metros de largo y uno de alto...

MARISA.- ¿A usted le parece normal? Quiero decir, ¿le parece habitual que una simple mancha de humedad haya crecido tanto en tan poco tiempo?

ORLANDO.- Y es muy profunda.

MARISA.- Sí. No me he atrevido a entrar, pero por la luz que irradia calculo que debe medir unos diez o doce metros.

ORLANDO.- ¿Qué luz?

MARISA.- Esa, la azul. ¿La ve?

ORLANDO.- *(Asombrado)* Sí. ¿Y qué quiere que haga exactamente?

MARISA.- Quiero que la cierre, que la tapie, que la llene de piedras, de ladrillos, de lo que sea... pero necesito que desaparezca.

ORLANDO.- Pero si hay una luz, puede que haya alguien dentro.

MARISA.- Sí, por supuesto. No se preocupe por él.

ORLANDO.- ¿Cómo?

MARISA.- Por Carlitos, mi hijo. Lleva ahí desde que nos mudamos. No se dará ni cuenta.

ORLANDO.- ¿Pero no podemos dejarlo ahí?

MARISA.- No, caballero, no (ríe). Usted me está malinterpretando. Necesito que la cierre, pero desde el otro lado. Soy yo la que me quedará aquí.

Fin...del tiempo

LA BRECHA

Escena 1

Una casa. Dos habitaciones. Laura trata de pintar la pared. Antonio trabaja en su despacho con el ordenador.

LAURA: Antonio, ven aquí.

ANTONIO: ¿Otra vez? Pero ¿no dijiste que podías hacerlo sola?

LAURA: ¡Que sí, joder, que no es eso! Es otra cosa.

ANTONIO: Pues sea lo que sea te esperas, porque no quiero dejar esto a medias ahora.

LAURA: Pues nada ¡que se me caiga la puta pared encima! Total, para lo que hay que perder...

ANTONIO: Ah, tú siempre tan dramática. *(Entrando en la habitación donde está Laura)*. A ver, ¿qué quieres?

LAURA: Mira *(señalando a la pared)*.

ANTONIO: ¿El qué? ¿Se supone que ya le has dado una capa?

LAURA: Que no. Más arriba.

ANTONIO: ¡Coño! ¿Y eso?

LAURA: ¡Eso digo yo! ¿Y ahora qué hacemos?

ANTONIO: Pero ¿cuánto tiempo lleva eso ahí? ¿Cómo es que no lo habías visto antes?

LAURA: Y yo qué sé. Para mí que eso salió ahora, de repente.

ANTONIO: Es imposible que una brecha de ese tamaño se forme en un día. Lo que tú no te habrás dado cuenta.

LAURA: Bueno no ¿qué pasa? No tengo tiempo para estar mirando para el techo. Además, creo ahí lo tapaba el cuadro que me regaló tu madre.

ANTONIO: ¿Tan arriba lo colgaste?

LAURA: ¿Tú viste la nariz que me dibujó?

ANTONIO: La que tienes, Laura. Ese no es el tema ¿qué hacemos? ¿llamo a los albañiles?

LAURA: No podemos. Hoy es su único día libre de la semana.

ANTONIO: Pues no pintes, déjalo así. Ya se verá. *(Antonio se marcha a su despacho).*

LAURA: ¡Joder! ¡Cómo se nota que te importa un pimiento la casa! Bueno ¡la casa y yo! Con la ilusión que me hacía tener acabada esta habitación. He cancelado los planes con mis amigas esta tarde sólo para poder quedarme aquí pintando. Se supone que íbamos a colaborar los dos, que a los dos nos “entusiasmaba” la idea. Pero no, a ti te ha faltado tiempo para encontrar una excusa perfecta y escaquearte para seguir currando.

ANTONIO: *(Desde la otra habitación).* No es una excusa Laura, es una brecha en la pared. Y no es culpa mía. ¿Por qué tengo que aguantar yo siempre el mal humor de todas las mierdas que te pasan?!

LAURA: ¡Porque para eso me casé contigo!

Antonio entra en la habitación y le quita el rodillo a Laura de la mano. Luego empieza a recoger las brochas y la pintura.

ANTONIO: Deja eso ya y vete a pintar mandalas o algo. Haz lo que sea, pero déjame tranquilo, por favor, que tengo mucho trabajo.

LAURA: *(Ofendida)* ¿mandalas? Mira Antonio tú dirás que soy supersticiosa o ignorante o lo que tú quieras, pero esto ya es mucha casualidad.

Antonio suspira y se la queda mirando con resignación en silencio.

LAURA: La alianza de bodas se me perdió el lunes de esta semana y, cuando la encontré en el baño, por detrás del mueble, fui a ponérmela y lo vi.

ANTONIO: ¿Qué viste?

LAURA: ¡Estaba rajada, Antonio! Partida por la mitad, y eso es metal duro ¿cómo puede romperse eso por caerse al suelo?

ANTONIO: No sé, eso es que ya estaría rota o a punto de romperse y ni te habrías dado cuenta.

LAURA: ¿Y la foto del salón?

ANTONIO: ¿Qué le pasa?

LAURA: La semana pasada, con el ventoral que hubo, la ventana se abrió de golpe y el portarretratos se cayó el suelo.

ANTONIO: Bueno, no veo nada raro en todo eso.

LAURA: Sí, pero es que justo se rompió el cristal por el centro, ¡justo una sola grieta! ¡y entre tu cara y la mía, como separándonos!

ANTONIO: Laura, ¿qué me estás queriendo decir con todas estas gilipolleces?

LAURA: ¡Lo sabes! Lo sabes perfectamente pero no quieres hacer frente a la verdad, y es ¡la verdad!

ANTONIO: No esperarás que te diga que verdad es esa porque ahora mismo estoy flipando.

LAURA: Llevamos meses sin conectar, sin salir, ni hacer nada divertido. Además, nos tratamos fatal, ¡nos hablamos con el culo! Esto no es sólo una grieta, es una auténtica metáfora de nuestra relación ahora mismo.

ANTONIO: Madre mía. Eso es una brecha y probablemente haya sido provocada por cambios de temperatura, humedad o lo que quiera que sea. Si te quieres marchas no te pongas artística ni poética. Hazlo con dignidad y valentía.

LAURA: *(Llorando)*. Yo sólo quería pintar la pared de lila. Me encanta el lila.

ANTONIO: Pero si la pared tiene grietas no se puede pintar. Antes hay que repararla: reparar con masilla, esperar a que seque, lijar...

Laura mira a la pared frustrada. Lloro y suspira.

ANTONIO: Entiendo. Tú no querías trabajar tanto en esta pared ¿verdad?

LAURA: ¿Y qué pasa si relleno la grieta con pintura, nos olvidamos del tema y ya está?

ANTONIO: Pues que volverá a salir. La brecha, si está debajo, siempre sale. Sólo es cuestión de tiempo.

LAURA: ¿Qué hora es?

ANTONIO: Son casi las diez.

LAURA: Vale, ¿pedimos pizza?

FIN

LA BRECHA

Los dos amigos. Una mujer (A) y un hombre (B).

B.- ¿Dónde está?

A.- No lo sé. Exactamente no lo sé. Está. No hay nada que hacer.

B.- Qué sensación.

A.- Abismal.

B.- ¿Qué gusto?

A.- A tierra.

B.- Ya.

A.- Sólo sé que se interpone entre nosotras. Eso lo sé.

B.- ¿No hay algo?

A.- Nada, el mapa se perdió en el tiempo. Hubo un tiempo de amabilidad, un tiempo de educación y después se perdió.

B.- ¿Y el pasado?

A.- Lo de antes no existe ya.

B.- – No queda nada.

A.- El último traslado fue fatal.

B.- Eso fue metáfora.

A.- Y un poco literal también. Dejé de llamar. Era todo muy rasposo.

B.- ¿Rasposo?

A.- Sí. Tierra, te lo he dicho.

B.- Fue un buen cambio.

A.- Por mi parte.

B.- Tu lo querías.

A.- Sí.

B.- Pues ya está.

A le mira.

B.- Déjate de culpas o me pongo a chillar.

A.- Bien.

B.- Pues eso.

A.- Fue egoísta por mi parte.

B.- Según como lo mires.

A.- Todo el mundo lo miraría igual.

B.- Debes encontrar un camino.

A.- Quizá una canción.

B.- Una postal. ¿Un olor?

A.- ¿Algo que cocinar?

B.- Nunca cocinaste.

A.- Ella sí.

B.- Dile que te cocine.

A.- ¿Le pido algo?

B.- Sí, dale, sí.

A.- Miedo a que me diga que no.

B.- Te lanzas al vacío y ya está.

A.- Le puedo explicar recuerdos.

B.- Recuerdos no.

A.- Podría citar un prado, una llama, un pájaro azul.

B.- Nada, nada.

A.- Un viaje a París, un entretenimiento de tarde o un bocata de jamón.

B.- Nada, nada.

A.- Un colegio pintado de colores, una manta tejida por un abuela

B.- Nada, nada.

A.- Un columpio-

B mira a A. A coge el teléfono y llama.

A.- ¿Hija?

FIN.

.

LA BRECHA

Jaime en su cama no puede dormir. Coge el móvil. Entra y sale de WhatsApp. Toma una decisión y empieza a grabar un audio para Paula.

Jaime.- Hola. Igual ves raro que te haga un audio así de repente de madrugada. Sí, es raro. No es que te lo parezca, es que verdaderamente es algo extraño. Es que no puedo dormir y estaba pensando en que mejor te lo decía porque no tiene sentido seguir guardándome esto. Mejor lo comunico, como tú dices. Que es verdad que así todo es más ligero y... Y... E igual esto hace que... Que todo mejore, ¿sabes?

Borra el audio. Duda. Mira el móvil. Vuelve a grabar un audio.

Jaime.- Hola, cariño. Es raro que te mande un audio a esta hora, pero es que creo que debería hacerlo porque no me siento bien. No estoy siendo sincero contigo y está mal. Llevo mucho tiempo pensando que estamos... Bueno, que estoy, porque soy yo el problema. Estoy perdido. Tiene que ver con... Con... Con como mi vida ha cambiado desde que..

Borra el audio. Duda más. El agobio crece. Decide hacerlo. Graba el audio.

Jaime.- Paula. Perdona que te moleste así. Es una hora extraña, pero no lo aguanto más. Necesito soltarlo. Hace días, cuando cenamos en el Mirador me dijiste que estábamos alejándonos. Me pedías perdón porque tu nuevo trabajo te quita mucho tiempo y nos está distanciando. Decías que no somos los mismos por tu culpa. Vale. No es verdad. No es por eso. Paula, soy yo. Yo he creado sin querer todo esto. Yo... Estoy... Bueno, no. El problema es que no estoy. No estoy seguro de nada. Sólo sé que todo esto nació cuando conocí a Miguel. El que te dije que conocí en el gimnasio. Mi colega que me explicó cómo funcionaba una máquina el primer día. Al principio pensaba que me gustaba verlo porque, como sabes, nunca me ha gustado hacer deporte, pero él conseguía que lo pasara mejor. Se me hacía ameno. Poco a poco empezamos a quedar fuera y ahora... Ahora no sé qué me pasa. No sé qué siento. Paula. No sé. No sé qué pasa. No puedo parar de pensar en verlo, en estar con él. Pero no ha pasado nada. Nada de, no sé. No me gustan los hombres, Paula. No es eso lo que ha creado este distanciamiento y a la vez es que no quiero que te sientas mal y por eso te digo que no es porque ahora seas azafata, que no es porque la rutina nos haya ganado, no eres aburrida, no eres nada de lo que dijiste el otro día... Pero todo esto es... No sé lo que siento Paula. Esta distancia que estamos formando entre nosotros es por mí. Pero, ¿cómo paro de sentir todo esto? Porque te juro que quiero dejar de sentirlo y seguir como siempre. Juntos... Si en algún momento yo...

Paula aparece escribiendo en el chat. Jaime no manda el audio, espera en silencio. Lee los mensajes que Paula le manda.

Paula.- Nene. Acabo de tener una pesadilla terrible. ¡Estás grabando un audio! No sabes lo que me salva que estés despierto. Pero, ¿te ha pasado algo?

Jaime duda. Espera.

Borra el audio.

Graba un audio nuevo.

Jaime.- Paula, nena. Tranquila sí, te estaba contando que del calor otra vez me he despertado y no me podía dormir. Llama si quieres y me cuentas qué te pasa.

LA BRECHA

Abuela: ¿Y qué va a estudiar mi nieto ahora que se acaba el instituto?

Martín: No sé bro.

Madre: No llames bro a tu abuela anda Martín, que parezca que te hemos educado.

Martín: estudiar es una pérdida de tiempo, el padre de Gonzalo es el máximo montado en el dollar y no fue a la universidad ni nada. Ahora la gente de mi edad se hace rica antes de cumplir los 20 con ser un poco espabilado.

Hugo: Si tu sueldo depende de lo espabilao que eres, no te va dar ni pa' pipas.

Martín: Que sabrás tú pringao.

Madre: Haya paz...

Abuela; Estudiar es importante para que no te engañen en la vida, para labrarte un oficio y un hueco en el mundo, para que puedas ser un dirigente. ¿No te gustaría por ejemplo dedicarte a la política? Esos son, para bien o para mal, los verdaderos influencers.

Martín: Político por la cara abuela. Eso sí que es una bazofia.

Abuela: La política es importante Martín, no es lo único, claro, pero es importante. Cuando yo nací había una dictadura y no sabes cómo fue crecer así, sin derechos. Ustedes nacieron con todo dado. Pero yo ni siquiera pensé que algún día podría ir a la universidad.

Martín: Pues abuela, hubiera sido mejor pa ti. Tranquilita en casa sin tener que estar estresada con mierdas. Cocinar y limpiar, mucho más suave.

Hugo: ¿Tío tú te escuchas? Es que no entiendes nada.

Madre: Martín yo no me puedo creer que hice tan mal contigo.

Martín: Ustedes mucho comérmela con el derecho de expresión, pero cuando yo digo lo que pienso todo les parece mal.

Hugo: Para decir lo que piensas, primero hay que pensar y después hablar.

Madre: No, si a mi me parece muy bien que digas lo que piensas, que te vistas como quieras y que estudies lo que elijas, pero es que no entiendo de dónde sacas las ideas.

Martín: Pues es lo que piensa la gente de ahora. Ustedes no lo entienden porque ya se están quedando atrás. El que no se hace rico es porque no tiene huevos, porque son unos gansos o porque son tontos. Pero siendo streamer, youtober o haciendo trading se gana más pasta que estudiando 4 años derecho más 6 de oposición para estar trabajando un millón de horas.

Hugo: Yo tengo tres años más que tú y no pienso esas barbaridades.

Martín: Ya bueno, porque justo es lo que estaba explicando, que hay que tenerlos bien puestos. Tú eres medio hombre.

Hugo: Soy hombre entero. Bastante más que tú que claramente estás a medio hacer.

Madre: No voy a permitir ningún comentario despectivo hacia tu hermano en general y mucho menos porque le gusten los hombres.

Martín: ¿Pero no acabas de decir que te parece bien que diga lo que opino? Pues opino que si estás amariconado no tienes el mismo valor que un tío normal y también opino que tú y la abuela son unas primas por ponerse a estudiar y trabajar cuando podrían haber estado haciendo cosas más de mujeres y vivir mejor. Eso es lo que te jode, que papá te dejó por una que le trataba mejor.

Abuela: Martín, se acabó, ni una palabra más.

Martín: Ya viene la otra feminazi que tanto le gusta la libertad, pero solo para sus cosas. Para las que yo digo no.

Madre: No sé, de verdad, no sé cómo hablarte.

Martín: Pues háblame con más respeto.

Madre: Pero si eres tú el que nos está faltando el respeto a todos.

Martín: Eso lo dices tú. Yo solo te estoy diciendo las cosas como son.

Por la noche Martín está durmiendo en su cama y se despierta por un ruido, a su lado hay un hombre mayor sentado en una silla

Martín: ¡¿Quién eres?! ¡Voy a llamar a mi madre!

Bisabuelo: Soy tu bisabuelo. Parece mentira que no me reconozcas. Tu abuela tiene un retrato mío a la entrada. Puedes llamar a tu madre, pero estás soñando, no creo que consigas despertarla.

Martín: ¿y qué quieres?

Bisabuelo: Pues te he estado observando y creo que te voy a llevar a mi tiempo conmigo. A justo antes de la guerra.

Martín: ¿Cómo castigo? ¿Tú también me odias?

Bisabuelo: Yo ya no tengo odio. Pero no pensé que te fuera a parecer un castigo. Al fin y al cabo, parece que es lo que quieres. Tienes las mismas ideas que teníamos mis compañeros cuando se organizaba el golpe. Más orden, más poder, nosotros por encima.

Martín: Es que eran unos avanzados ¿Tú me entiendes entonces?

Bisabuelo: Ni yo era avanzado entonces, ni me puedo creer que no entiendas el problema que implica que tus ideas se parezcan más a las de este soldado muerto por luchar por esas ideas que a las de la gente de tu alrededor. Que la brecha sea más grande con tu madre que con tu bisabuelo.

Martín: Pues es que la gente de mi alrededor sí piensa como yo.

Bisabuelo: Pues no se hable más, tienes que cambiar de alrededor. Te vienes conmigo al frente. ¿No eras un hombre de verdad?

Martín: Sí, lo soy. Pero no me voy a ir contigo a una mierda de tiempo, cuando puedo estar aquí full confort.

Vuelve a dormir

Martín envejecido y su hija.

Hija: Esta es la última vez que vengo.

Martín: No digas eso por favor.

Hija: Es que ni te lo sabrás, pero la semana que viene es mi cumpleaños y ya la jueza no me va a poder obligar a venir a más visitas contigo.

Martín: Pero no te tiene que obligar nadie, soy tu padre, te quiero.

Hija: Haberlo pensado antes, yo ni te quiero ni quiero que tengas espacio en mi vida.

Martín: ¿Pero qué he hecho tan terrible si solo me he desvivido por ti? Te he comprado todo lo que has pedido, he ido a todas las visitas, te he llevado a parques de atracciones, museos, a todo.

Hija: Es tan increíble que ni siquiera lo entiendas. ¿Tú sabes cómo has tratado a mamá?

Martín: En eso tienes razón, me equivoqué lo aprendí tarde. No supe hacerlo mejor.

Hija: Ni tu madre ni tu hermano ni mi madre te aguantan. ¿Por qué tendría que aguantarte yo? Haberles escuchado a tiempo.

LA BRECHA

(Entrevistado hombre y entrevistada mujer, se iluminan alternativamente a medida que van respondiendo. Dos sillas en escena).

Candidato *(Sentándose)* Buenos días.

No, no tengo sed.

Mi motivación es una sustancial mejora profesional. Creo que estoy preparado para dar el salto. Mi formación y mi experiencia hablan por mí.

Candidata *(Sentándose)* Buenos días, muchas gracias.

Sí, por favor. Me vendrá bien. *(Hace que bebe).*

Muchas gracias. Estoy algo nerviosa. *(Deja el vaso)* No, no es mi primera entrevista, pero en esta me juego mucho. ¿Mi motivación? Ante todo, sobrevivir. No están los tiempos como para dejar pasar oportunidades. ¿Qué más? Quiero la oportunidad de demostrar que soy buena en lo mío. Perdón si parezco arrogante.

Candidato El mejor expediente de mi promoción en la facultad, años de experiencia en el sector y, como podrá comprobar, unas magníficas referencias.

Candidata ¿Mi principal virtud? No sé, creo que nunca lo había pensado. No suelo hablar bien de mí. No está bien visto. Pero, ya que me lo pregunta, creo que soy buena persona. Ah, laboralmente. *(Piensa)* Lo mismo, creo que soy buena persona. ¿O acaso no es importante aquí?

Candidato Sé que sonará a lo de siempre, pero soy demasiado perfeccionista.

Candidata ¿Defectos? ¿Cuánto tiempo tiene? Perdón, perdón... Pues soy insegura. Bueno, no lo soy, me han llevado a serlo. Siempre he tenido que esforzarme el doble para que, con suerte, me valoraran mínimamente en mi trabajo. Y, aunque no me lo haya preguntado, sí, creo que es por ser mujer. Y madre. Mujer y madre. A los hombres no les pasa.

Candidato Puedo aportar mi experiencia. Bueno, la mía y la de mi familia, que lleva generaciones en puestos de esta responsabilidad. También mi imagen, sé que caigo bien a las personas, les gusto. Eso será, sin duda, un valor para la empresa, ¿no cree?

Candidata Cordura, sensatez... Capacidad de enfrentar los problemas centrada en la solución, no en los lamentos. Al fin y al cabo, es lo que llevo haciendo toda la vida.

Candidato ¿Una pregunta? (Sobrado) Sí, ¿cuándo empiezo?

Candidata ¿Una pregunta? Si me contratan, ¿qué esperan de mí?

Candidato Espero que sea una plataforma para el lanzamiento definitivo de mi carrera, que me ayude a crecer, a hacer contactos de alto nivel. Por otro lado, en lo personal, será una forma de acercarme a todo lo que siempre he querido tener. Cuando me den el puesto, mis sueños estarán mucho más cerca.

Candidata Querría que me sirviera para estar tranquila, tener un lugar donde desarrollarme como trabajadora y que me permitiera seguir adelante con mi vida sin sobresaltos, sin temer a no llegar a fin de mes, sin preocuparme demasiado por el futuro de mis hijos, pagar el alquiler, no venir a trabajar con miedo a jefes o compañeros babosos que disfrazan de bromas sus nauseabundos intentos de ligar conmigo. Querría tener una jefa. Sí, una mujer que entendiera que si me llaman del colegio porque a uno de mis hijos le pasa algo, puedan marcharme tranquila y recuperar esas horas más adelante. Me gustaría una nómina transparente, sin miles de pluses que engordan un salario para dejarme como una pensionista precaria el día de mañana. Querría un sueldo y un horario dignos, adaptados a los tiempos que vivimos. No que me permitan conciliar, que me permitan vivir. Lo sé quiero un imposible, pero no dejaré de perseguirlo.

Candidato (Levantándose de la silla, seguro de sí mismo) Te vas a salir. Es imposible que no te den ese empleo.

Candidata (Levantándose de la silla, confiada) Querida, no creo que te den el curro, pero ¿y lo a gusto que te vas a quedar?

NI UNA

Encuentro de dos personas en una calle cualquiera, un día cualquiera.

- Pensé en hacerlo.
- + Pero no lo hiciste.
- Ya.
- + ¿Qué?
- Lo pensé muchas veces.
- + Y no lo hiciste ni una.

LA BRECHA

Antes de que sonara el despertador, ya estaba despierta. El cuerpo pesaba. No era sueño, era otra cosa: un cansancio incrustado en los huesos, un lastre invisible que no cedía. Cada gesto atravesaba barro, cada respiro era como tragar agua espesa.

La depresión se sentía así: un muro en el pecho, un hueco que crecía sin detenerse. Dentro de ella había una grieta que no dejaba de abrirse, y de esa grieta brotaba un silencio que lo contaminaba todo. Se miraba en el espejo y no reconocía a la mujer que devolvía la mirada. Una extraña con sus mismos ojos la habitaba.

Bajó a la playa arrastrando los pasos. El aire salado le quemaba la garganta, pero también le recordaba que aún estaba viva. La arena fría bajo los pies era el único alivio. Frente a ella, el mar: inmenso, azul, abierto como una herida. Una brecha exterior que respondía a la suya.

Se desnudó, arrancándose cada prenda como quien se libera de cadenas. El agua la recibió con un frío agudo, un abrazo punzante. Nadó con lo poco que le quedaba. Cada brazada era lucha, cada bocanada de aire un cuchillo en los pulmones. Y aun así siguió, porque avanzar era también hundirse más en su grieta.

Cuando ya no pudo más, se dejó flotar. El mar la sostuvo con una calma engañosa. El cielo y el agua se confundían en un mismo azul, y ella en medio, suspendida. Esto es la depresión, pensó: estar rodeada de aire y ahogarse igual, ser isla y naufrago a la vez.

El rugido de un motor irrumpió en su trance. Una lancha la cercó entre risas. Después, un golpe en la cabeza. La sangre tibia se mezcló con la frialdad del mar.

No quiso luchar. El cansancio era un pozo sin fondo. Cerró los ojos. Y la brecha, la suya y la del mar, se unieron en una sola.

La grieta se abrió entera. Y la tragó.



Canarias Escribe Teatro

GRACIAS AL IMPULSO DE



Puedes vernos y contactarnos en

produccion@canariascribeteatro.es
coordinacion@canariascribeteatro.es
928634744



@CanariasEscribeTeatro



@CanariasEscribeTeatro



@CETNuevasVoces



www.canariascribeteatro.es